PATRICK BOUCHERON

Un verano con Maquiavelo

libros del Zorzal

PATRICK BOUCHERON

Un verano con Maquiavelo

libros del Zorzal

PATRICK BOUCHERON

Un verano con Maquiavelo

libros del Zorzal

Patrick Boucheron

Un verano con Maquiavelo

Traducción de Pablo Krantz

libros del

Zorzal

Boucheron, Patrick Un verano con Maquiavelo / Patrick Boucheron. - 1a ed

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Diseño de tapa: Stéphane Rozencwajg.

Traducción: Pablo Krantz.

Título original: Un été avec Machiavel

© Éditions des Équateurs/France lnter, 2017

© Libros del Zorzal, 2020

Buenos Aires, Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escríbanos a: <info@delzorzal.com.ar>.

Asimismo, puede consultar nuestra página web:

<www.delzorzal.com>

Índice

Juventud

1. Las estaciones | 7

2. Maquiavelismo | 10

3. 1469, el tiempo regresa | 13

4. La ambición de un padre | 16

5. Historia de un libro peligroso | 19

El tiempo de la acción

6. De pronto, Savonarola | 24

7. Un joven en la arena política | 27

8. Viajar | 30

9. Una lengua bien afilada | 33

10. Golpe de Estado | 36

Después del desastre

11. Carta de un exiliado | 40

12. ¿Cómo leer El príncipe? | 43

13. Conquistar y conservar | 46

14. El mal en política | 49

15. Estado de excepción | 52

Políticas de la escritura

16. La comedia del poder | 56

17. Maquiavelo, ese bromista | 59

18. Políticas de la obscenidad | 62

19. El coraje de nombrar | 65

20. El arte político de tomar posición | 68

La república de los desacuerdos

21. ¿Qué es una república? | 72

22. Elogio del desacuerdo | 75

23. Estamos desarmados | 78

24. La violencia en política | 81

25. El fin no justifica los medios | 84

Nunca es demasiado tarde

26. Escribir la historia | 88

27. ¿Es demasiado tarde? | 91

28. 1527, el fin de un mundo | 94

29. Anatomía del espectro | 97

30. Filosofar en épocas tormentosas | 99

Epílogo provisorio | 102

Leer a Maquiavelo | 108

Juventud

1.

Las estaciones

¿Pasar el verano con Maquiavelo? ¿En serio? ¡Qué idea tan extraña! El autor de El príncipe no es a decir verdad un escritor de vacaciones, ni un gran compañero para las siestas estivales, sino más bien un hombre de acción, siempre en la brecha, para quien trazar una descripción y un balance desencantados del mundo es ya de por sí trabajar para transformarlo. “Si me leyeran —dijo él mismo en 1513 hablando de El príncipe—, verían que durante los quince años en que realicé mi aprendizaje de los oficios del Estado nunca dormí ni jugué.”

Y efectivamente se lo lee. Desde su muerte en 1527, nunca se lo ha dejado de leer, a pesar de calumnias y censuras, y siempre como una herramienta para escapar del sopor. En ese sentido sí, Maquiavelo es implacable como un sol de verano. Es el astro que sabe cómo volver hiriente su escritura, proyectando sobre todas las cosas una luz tan cruda que vuelve más nítidas sus aristas. Nietzsche lo dijo mejor que nadie, en Más allá del bien y del mal:

Maquiavelo nos hace respirar el aire seco y sutil de Florencia y no puede evitar exponernos las más graves cuestiones al ritmo de un indomable allegrissimo, hallando tal vez un pícaro placer artístico en atreverse al siguiente contraste: un pensamiento elevado, difícil, duro y peligroso combinado con un ritmo galopante y un endiablado buen humor.

Pero si todo se trata de una cuestión de ritmo, ¿cómo no ver que lo que él llamaba la qualità dei tempi, la “calidad de los tiempos”, se encontraba por entonces en un punto de gran decadencia de las certezas? Desde 1494, Italia está en guerra. La península, tan

orgullosa de su gobierno cívico, tan segura de su superioridad cultural, es ahora víctima de una violencia inédita: el saqueo perpetrado por los grandes Estados monárquicos. Es lo que suele llamarse "las guerras de Italia", esa gran fuente de desencanto, y puesto que la península ya viene funcionando desde hace siglos como el laboratorio de la modernidad política, es decir, el lugar donde se inventa un futuro compartido, todos pueden comprender ya que lo que se denominará Europa no es más que la guerra que se acerca.

Las sombras se alargan y llega el invierno, entumeciendo las almas. Maquiavelo vivió todo eso: palabras congeladas en labios cerrados y la imposibilidad de ponerle nombre a aquello en lo que nos estamos convirtiendo. Vivió ese movimiento lento e inexorable a través del cual todo un lenguaje político se torna obsoleto. Ese lenguaje que tanto le había gustado aprender en los libros se ha vuelto inoperante para nombrar con exactitud "la verdad efectiva de las cosas". Entonces, cuando el pasado reciente ya no puede ayudarnos, ¿por qué no recurrir a aquellos a los que Maquiavelo llama "sus queridos romanos", sumergirnos en los textos antiguos como en un gran baño refrescante y llamar "antigüedad" a esa manera revitalizada de reactivar nuestro futuro?

¿Es eso acaso lo que denominamos Renacimiento? Puede ser, pero solo si somos capaces de mirar con lucidez tras los tonos inocentes y ñoños que adornan esa primavera para distinguir la brutal ferocidad de los cuadros de Botticelli. Nadie mejor que Maquiavelo para enseñarnos a perder la inocencia. Por eso ha sido, a lo largo de la historia, nuestro gran aliado para las malas épocas. En mi caso, me resultaría difícil decir que trabajo sobre Maquiavelo; diría más bien que trabajo con él, como si fuera un hermano de armas, por más que ese francotirador suela ubicarse siempre en los puestos de avanzada, obligándonos a no leerlo en tiempo presente, sino como una señal del futuro.

En el fondo, el asunto es bastante banal: a lo largo de la historia, el interés por Maquiavelo renace siempre cuando se anuncian nuevas tempestades, ya que él es quien sabe filosofar en épocas tormentosas. Si hoy lo releemos, es porque hay motivos para inquietarse. Maquiavelo regresa: despiértense.

2.

Maquiavelismo

Dantesco, kafkiano, sádico. Maquiavélico. Es un dudoso privilegio darle su nombre a una angustia colectiva. En la entrada "Maquiavelo" de su diccionario, Émile Littré brindaba esta presentación ya bastante poco cordial: "Teórico del derecho público florentino del siglo xvi que analizó los procedimientos de violencia y tiranía empleados por los pequeños tiranos de Italia". Pero luego, para peor, Littré agregaba un sentido figurado: "Todo hombre de Estado sin escrúpulos". Ejemplo: "Los Maquiavelos que controlan nuestros destinos".

Endilgándole al nombre de Maquiavelo un sentido figurado, Littré realiza una acción un tanto extraña, pero no muy diferente a lo que ha hecho la historia misma. Justamente, lo que se interpone entre Maquiavelo y nosotros es el maquiavelismo: una figura que torna visible y manifiesto el mal dentro de la política. El rostro horrendo de lo que no querríamos ver de frente, pero ante lo cual somos incapaces de cerrar los ojos. Aunque en realidad es más bien una máscara, una máscara detrás de la cual desaparece aquel que, nacido en Florencia en 1469, muerto en Roma en 1527, llevaba por nombre Nicolás Maquiavelo.

Pues el maquiavelismo no es la doctrina de Maquiavelo, sino aquella que sus adversarios más malintencionados le adjudicaban. Es, en suma, una invención del antimaquiavelismo. Cincuenta años después de la muerte del autor de El príncipe —ese libro infernal que la Santa Inquisición supo colocar en el índice de las obras prohibidas—, se editaron muchos tratados políticos intitulados Anti-Maquiavelo. El que inventó el género, en 1576, llevaba un nombre que parecía predestinarlo a luchar contra la maldad del mundo: Innocent Gentillet,[1] abogado y teólogo protestante.

Unos años más tarde, un brillante jesuita, ardiente defensor de la Contrarreforma católica, se puso a pensar a su vez contra

Maquiavelo —o más bien diría: abrazándose contra él—. Se trata de Giovanni Botero, inventor de la noción de razón de Estado, una noción que suele adjudicársele espontáneamente a Maquiavelo puesto que hace referencia al hecho de que la única ley y la única necesidad del Estado consiste en su preocupación por autoconservarse.

Desde entonces, el maquiavelismo es como un río subterráneo que socava silenciosamente las bases del pensamiento político europeo, descubriendo aquí y allá ocasiones para resurgir. Maquiavelo avanza enmascarado: lo reconocemos bajo otros nombres, deducimos sus ideas de aquellas que aseguran combatirlo.

Gustave Flaubert escribió, aproximadamente al mismo tiempo que Émile Littré, su Diccionario de lugares comunes o Catálogo de las opiniones elegantes. En él, el orden alfabético ubica oportunamente "Maquiavelismo" justo antes de "Maquiavelo". El primero oculta al segundo. "Maquiavelismo. Palabra que solo debe pronunciarse temblando." Y luego: "Maquiavelo. No haberlo leído nunca, pero verlo como un villano".

Es decir que se trata tan solo de una cuestión de mirada. ¿Y si justamente fuéramos a mirar, a quitarle la máscara al monstruo para observarlo sin miedo? Leer a Maquiavelo para encontrarnos con él, con él que tan intensamente perteneció a su época y que, por eso mismo, no deja de entrometerse en la nuestra. Nada más sencillo, a decir verdad, pues Maquiavelo no se esconde, salvo detrás de la banalidad de su propia existencia. Pero cuando habla de sí mismo, lo hace con la suficiente franqueza como para no empequeñecer su soledad ni su alegría ni sus dudas. Por ejemplo, en estos pocos versos en los que muestra su desazón:

Espero, y la esperanza aumenta mi tormento;

lloro, y mis llantos alimentan a mi corazón

/ afligido;

río, y mis risas no pueden entrar dentro de mí;

ardo, y el ardor no aparece por fuera;

temo lo que veo y escucho,

todas las cosas me traen un nuevo dolor.

Esperando, lloro, río y ardo,

Y tengo miedo de lo que escucho y veo.

3.

1469, el tiempo regresa

Nicolás Maquiavelo nació el 3 de mayo de 1469 en Florencia. Pero ¿qué es Florencia en 1469? Una república en la que se pavonean los príncipes. Sí: una república, hinchada de vanidad, orgullosa de su poder y prosperidad, experta en adornar con vistosas expresiones latinas la larga experiencia comunal que, desde hace casi tres siglos, convierte a esa ciudad en un modelo de autogobierno. Pero también una república gobernada por hombres de dinero que va anquilosándose poco a poco, convirtiéndose en oligarquía.

Entre esos hombres de dinero están los Médici, unos ricos banqueros que, desde hace más de treinta años, dominan el gobierno a través de su influencia. Su antepasado se llama Cosme. Supo actuar discretamente, a espaldas de su partido y su clientela. Vivió sobriamente, bien lejos de las fastuosidades de la Corte, con esa solemnidad que tanto les sienta a los poderosos que saben hacerse pasar por padres de la patria. Su hijo, Pedro, lo sucedió en 1464, despojándose progresivamente de sus pudores republicanos. Ahora, cinco años más tarde, en 1469, en Florencia todo el mundo sabe que está enfermo. El 2 de diciembre estará muerto. Entonces se adelanta Lorenzo, el nieto. Tiene 20 años y encarna el futuro de la estirpe. Pronto comenzarán a llamarlo "el Magnífico" por la insolencia con la que gasta el dinero. Lo vemos alzarse, impetuoso, encabezando la comitiva. ¿Cómo no notar las perlas y piedras preciosas que, de a centenares, recubren su sombrero de terciopelo? Engalanado como un príncipe, Lorenzo se expone —es decir, como comprenderá más tarde Maquiavelo, se ofrece en espectáculo y se pone en peligro—.

¿Peligro? ¿Qué peligro? Para distraer a la juventud dorada de la ciudad toscana, ese 7 de febrero de 1469 se organiza un torneo —aunque de esos juegos de guerra tan habituales en la vida política de las comunas italianas ya no queda más que un refinado

simulacro—. Un desfile suntuoso e insustancial como un paso de baile, en el que ya no quedan ni rastros de violencia, salvo el espectáculo de la dominación. Bajo la mirada celosa de quienes lo observan, Lorenzo alza su hermoso estandarte. En él se lee su lema, inscripto en letras de oro, en esa lengua francesa que es el idioma de las novelas de caballería que aún hacen soñar a todas las élites europeas: Le temps revient [El tiempo regresa].

Eso es entonces el Renacimiento: un reverdecer, el renovado vigor de una eterna primavera, el reencuentro de Italia con su edad de oro tras desgarrar una densa capa de tinieblas. Se necesita la energía juvenil de ese joven príncipe para hacerle frente al tiempo que regresa. No al pasado, sino a su parte activa, robusta y creativa, que el latín de los humanistas denomina antiquitas, por oposición a lo vetusto, obsoleto y caduco. Pero ¿estamos realmente seguros de que ese hermoso presente anunciado será algo más que la representación paródica de un pasado de fantasía?

Hemos leído La sociedad del espectáculo, ese libro profético que Guy Debord escribió en 1967. Así que deberíamos estar al tanto de los efectos perniciosos de esa devota excitación con la que se hace aclamar el fetichismo de la mercancía. Pero ya se sabe: los profetas nunca nos avisan de las grandes catástrofes. O, al menos, nadie supo distinguir las primeras señales de las que estaban por abalanzarse sobre Florencia en 1469. Maquiavelo nació el 3 de mayo, tres meses antes del triunfo de Lorenzo, y muy pronto tuvo la sensación de haber nacido demasiado tarde. Le quedaba entonces la lucidez, que es el arma de los desesperados.

4.

La ambición de un padre

Reconozcámoslo: muchas veces, Maquiavelo exagera. Cuando dice sobre sí mismo: “Nací pobre y aprendí a trabajar duro antes que a disfrutar”, es realmente una exageración. Es verdad que Maquiavelo no participará de esa época de despreocupación desesperada de esos jóvenes “cuya única inquietud”, escribirá más tarde en su Historia de Florencia, “era lucir espléndidos en sus ropajes, y sagaces y astutos a través de sus palabras ingeniosas”. Porque para eso, en los tiempos de Lorenzo el Magnífico, hacía falta pertenecer a esas antiguas familias aristocráticas con ricas propiedades en el campo, a las que se denomina sencillamente los Grandes, los magnates.

La familia Machiavelli pertenece al estrato inferior de los magnati. Pero ¿es pobre? No, no exactamente. Los Machiavelli viven de la renta de su tierra desde hace ya varios siglos, aunque sea modestamente. Esta sobria indigencia es sobre todo el resultado de malas elecciones políticas: por haberse opuesto al poder de los Médici, uno de los ancestros de la familia, Girolamo, fue detenido, desterrado y torturado y murió en prisión en 1460. He ahí la contracara de la gran fiesta medicea.

Cuando nace, nueve años más tarde, en 1469, Nicolás tiene dos hermanas, pero la casa de familia donde vive en el Oltrarno, del otro lado del río que atraviesa Florencia, se encuentra mucho más poblada. En ella se amontonan primos y cuñados, toda una alegre y bulliciosa brigata, siguiendo el modelo habitual de las familias ampliadas que reproducirá luego Nicolás Maquiavelo una vez casado. La casa, que daba sobre el Ponte Vecchio, fue destruida en 1944. Unos años después, los historiadores descubrieron un libro que reconstruía su historia. Se trata del libro de familia de messer Bernardo Machiavelli, padre de nuestro Maquiavelo. Se le da el título de messer porque es doctor en Derecho, pero sin duda la complicidad de su familia con la oposición a los Médici debe

impedirle ejercer su profesión de jurista.

Metódica, fríamente, Bernardo anota los pequeños detalles de su existencia familiar. No encontramos ninguna confidencia íntima en sus Ricordi, que más que recuerdos son una minuciosa contabilidad de la gestión de la casa. Bernardo nos recuerda el origen doméstico de todo poder: ni más ni menos que la administración de las cosas y las personas, de recursos y emociones, y un cierto cuidado de los detalles.

Bernardo anota pacientemente todo lo que entra en la casa familiar: vino, nueces, esposas y libros. Muchos libros, cada vez más libros. Derecho, historia, literatura. ¿Y si la solución estuviera ahí? Los poderosos saben transformar la cultura legítima en una de sus armas más aceradas. Lo que llamamos humanismo designa en primer lugar ese arte de la distinción que las élites florentinas utilizan con una arrogancia difícil de imaginar hoy en día. En todo caso, los Machiavelli no pueden aspirar a eso: Nicolás no tendrá ningún brillante maestro particular, no irá a la universidad ni aprenderá griego. No es un humanista, entonces, y los que se jactan de serlo le harán pagar el precio de esa falta durante toda su vida.

Pero Florencia está llena de pequeñas escuelas en las que se enseña el latín, y la invención de Gutenberg, que solo tiene unos pocos años de existencia cuando Bernardo toma la pluma, se difunde rápidamente. Messer Machiavelli hace una lista de treinta libros que compra, a veces a precios muy altos. Para procurarse la Historia de Roma de Tito Livio, Bernardo acepta confeccionar el índice de sus “ciudades, montañas y cursos de agua”. Nueve meses de trabajo. Eso también hereda Maquiavelo: la ambición de su padre. Una ambición depositada en los libros, la esperanza de que a través de ellos se podrá lograr una revancha y la certeza de que se pueden utilizar esas armas contra aquellos que pretenden conservarlas celosamente para sí.

5.

Historia de un libro peligroso

A veces nos aferramos a ciertos libros como a chalecos salvavidas. Cuando todo se tambalea a nuestro alrededor, cuando estamos a punto de zozobrar, los vemos flotar y aparecer ante nosotros para evitarnos el naufragio. Los libros de Maquiavelo forman parte de esa categoría. A lo largo de la historia, han sido los fieles aliados de aquellos que han intentado comprender su propio extravío político.

Podemos leer para encontrarnos, entonces, y también podemos leer para perdernos. He aquí un texto muy antiguo, venido de muy lejos, que nos impone su presencia, que se lo lleva todo por delante y termina desviando el curso de nuestras vidas. En el siglo i antes de nuestra era, el poeta latino Lucrecio tenía una palabra para nombrar ese tipo de desvío: clinamen. En su De natura rerum —De la naturaleza de las cosas—, Lucrecio entona el canto del mundo. Un mundo sin creador en el que la naturaleza nunca deja de reinventarse a sí misma. Pues todo está hecho de átomos, tanto nuestras almas como las cosas, atraídas por su propio peso.

Sin embargo, si todas las partículas cayeran en el vacío en línea recta, lo único que existiría sería un interminable día de lluvia. Pero, y aquí cito a Lucrecio, “en ciertos lugares indeterminados, los átomos se desvían un poco —tan solo lo suficiente como para decir que su movimiento se ha modificado—”. Es decir que la libertad es posible, el tiempo es posible, el mundo es posible. Comprendemos entonces por qué la poesía materialista de Lucrecio, que es la adaptación romana de la filosofía epicúrea griega, fue considerada por los modernos como un breviario del ateísmo. Un libro peligroso, un libro disidente que hace descarrilar al mundo y lo hace salirse de su eje.

Ahora observen: Maquiavelo lee ese libro. Y, más que leerlo, lo copia. Trabajosamente, retranscribe el poema latino. Pues en esa época en que los libros son escasos, su amor se paga a precio fuerte,

con el cuerpo que se desloma escribiendo, la espalda rota y los ojos que arden. Recuerden a su padre, Bernardo Machiavelli, que obtuvo un Tito Livio a cambio de confeccionar su índice para el librero. Su hijo Nicolás hace lo mismo, copiando a Lucrecio. Miren, ya terminó: marca orgullosamente con su nombre ese manuscrito conservado hoy día en la Biblioteca Vaticana; fue esa firma la que les permitió a los historiadores identificarlo.

¿Es eso acaso ser historiador? ¿Leer por sobre los hombros de alguien que lee? Estamos quizás en 1497, Maquiavelo aún no ha cumplido 30 años y tiene ahí en sus manos el libro que cambiará el curso de su existencia. Porque, en el fondo, ¿qué es su filosofía sino la adaptación al mundo de la política del materialismo de Lucrecio? Las cosas, dice el poeta, se reconocen por su facultad de producir siempre una imagen capaz de ocultar su propia naturaleza. Gobernar, o aprender a no dejarse gobernar, es decir, comprender las cosas de la política, consiste en rasgar el velo de las apariencias. Pues detrás de él se encuentran las cosas, que actúan.

Para ya no dejarse dominar por ellas, hay que hacer el esfuerzo de dejar de creer que alguna vez existió una edad de oro. Sin embargo, a las élites florentinas del Quattrocento les encanta embriagarse con esa idea, engalanándola con el halagador nombre de neoplatonismo y disfrazándola bajo una imagen de Botticelli. Y en eso llega Lucrecio para perturbar el juego. En De la naturaleza de las cosas, libro quinto, el poeta latino describe la violencia originaria de la humanidad primitiva. De nuestros orígenes, de aquellos tiempos en que vagábamos “a la manera de las fieras” llevando, dice Lucrecio, una vida errante, hemos heredado el terror. Maquiavelo recordará esos párrafos al escuchar los primeros relatos del Nuevo Mundo, y también cuando describa el mundo nuevo de un orden político basado en el arte de controlar sin excesiva violencia nuestras discordias y ponernos de acuerdo sobre nuestros desacuerdos.

¿Era acaso el De natura rerum de Lucrecio un libro peligroso? No tanto como se ha dicho. A ciertos historiadores les encanta imaginarse que su redescubrimiento en 1417 por parte del humanista Poggio Bracciolini, conocido como il Poggio, fue capaz de desviar el curso del mundo, arrojándolo de pronto a la Modernidad. Comprendemos por qué esa idea les resulta atractiva:

extiende a las sociedades humanas esa experiencia literaria que ellos mismos, como buenos letrados, aprecian tanto. Pero le adjudican demasiadas capacidades al poder de la lectura. Los libros nunca producen revoluciones. Solo se convierten en nuestros aliados si estamos preparados para leerlos. Nos enseñan la libertad, sí, pero solo si ya somos lo bastante libres.

“Voy por lugares que nadie antes visitó”, escribe Lucrecio. Maquiavelo le sigue los pasos en los Discursos sobre la primera década de Tito Livio:

Decidí tomar un camino que, por no haber sido aún recorrido por nadie, me traerá sin duda penas y dificultades.

¿Cuáles? Lo veremos muy pronto.

El tiempo de la acción

6.

De pronto, Savonarola

Lo oye. Fascinado, aterrorizado, admirado quizás. En este día de 1498, en Florencia, Maquiavelo oye a Savonarola, al predicador que doblega a las multitudes bajo el peso de sus palabras. ¿Cómo puede ser que se dejen dominar —"hechizar", escribirá más tarde— por la fuerza del verbo? Y ese dominico febril que se dice inspirado ¿cree realmente en lo que profetiza? "Para mí —escribe Maquiavelo—, se adapta a las circunstancias y maquilla sus mentiras." Es la primera carta pública que hemos conservado de Maquiavelo; escrita en lo más álgido de los acontecimientos de 1498, se refiere ya al arte político de ocultar lo que se piensa.

Ya hace cuatro años que Savonarola gobierna Florencia. O más bien no: no la dirige en su propio nombre. Ha hecho descender sobre la ciudad la sombra del Dios vengador. Ahora sus decretos se promulgan desde el cielo. La Iglesia debe ser azotada, afirma Savonarola, y la sociedad reformada. Entendámonos bien: "reformada" quiere decir convertida. Y lo que justifica todo impulso reformador es siempre una aguda conciencia de culpa.

¿Qué ha sucedido? La ciudad está llena de penitentes, esos "llorones" con los que los enemigos de Savonarola, a los que llaman los "furiosos", se agarran a puñetazos en las calles. Ya no hay lugar para tibios. Se les exige a los niños que denuncien a sus padres si estos no son buenos cristianos. Savonarola dirige el ataque contra los hipócritas —la gran meta de todos los fanatismos—. Ordena encender las hogueras de las vanidades en donde arderán los adornos de las mujeres y las iglesias demasiado hermosas. Se rumorea incluso que Sandro Botticelli, el pintor del Nacimiento de Venus, se vio llevado a sacrificar algunos de sus cuadros.

¿Qué ha sucedido? Lo de siempre: política. Nacido en Ferrara en el seno de una familia de médicos, el hermano Girolamo Savonarola cursó unos brillantes estudios humanistas y los transformó luego en

odio hacia el mundo. Existe por entonces en Italia un gran mercado para esos profetas del Apocalipsis, que van de ciudad en ciudad haciendo gala de sus habilidades para pintar de negro el futuro. Al recibirlo en Florencia, Lorenzo el Magnífico creyó poder sacarle provecho, pero su muerte en 1492 dio comienzo a un período de incertidumbre y angustia.

Desde el convento de San Marco, la palabra de Savonarola oscurece aún más esa angustia. La enardece dándole una meta: la guerra que se acerca. Esa guerra tomará, según dice, el rostro de un enemigo venido de otras tierras. Y de hecho, helo aquí, la profecía se cumple: en 1494, un rey llegado de más allá de las montañas, Carlos VIII de Francia, atraviesa los Alpes e invade los Estados italianos. Los Médici huyen frente a los conquistadores y todo el mundo toma conciencia entonces del vacío político. Son ellos, los Médici, quienes lo habían cavado en el corazón mismo de las instituciones republicanas de la comuna de Florencia, vaciándola desde adentro y sobre todo evitando pronunciar el nombre de aquello que le quitaba toda su vitalidad: el poder autoritario.

Hoy en día suele hablarse un poco a la ligera de “teocracia” para referirse a ese momento en que la religión aprovecha el resquicio, llena el vacío y hace las veces de política. Pero esta última nunca desaparece por completo. Los profetas hablan del futuro para actuar sobre el presente. El 22 de mayo de 1498, con la caída del sol, Savonarola declara ante sus jueces: “Las cosas que para Dios suceden velozmente pueden tomar más tiempo aquí en la tierra”. Yo no estaría tan seguro: también pueden acelerarse. Mañana el hermano Savonarola habrá muerto.

7.

Un joven en la arena política

Si van a Florencia, a la Plaza de la Señoría, verán la placa conmemorativa que indica el lugar del suplicio de Savonarola. Ahí, en pleno corazón del espacio cívico, en medio de una gran multitud, el predicador que durante cuatro años había mantenido a la ciudad bajo el influjo de su verbo profético fue colgado y quemado. Unos niños —esos mismos quizá que, pocas semanas antes, encendían para él las hogueras de las vanidades— dispersaron sus cenizas en el Arno. Era el 23 de mayo de 1498: la rueda de la Fortuna, esa diosa ciega que se complace humillando a los orgullosos, acababa de girar sobre su eje.

Reformulación de alianzas, maniobras y cálculos: poco importa el detalle de los acontecimientos que precipitaron la caída de Savonarola. Lo único que le quedará grabado a Maquiavelo será lo siguiente: cuando el papa Alejandro VI Borgia logró reunir a toda su heterogénea cohorte de enemigos en un frente unido, el hermano Girolamo Savonarola se negó a luchar. Peor aún: aferrándose al ideal pacífico de la república cristiana, terminó desencadenando la violencia de aquellos que no quieren someterse a la impotencia. Más tarde, Maquiavelo lo escribirá en El príncipe, en una fórmula inmensa como un infortunio: Savonarola fue un profeta desarmado. Habría que poder retomar su objetivo político en el punto exacto en que lo dejó, poniendo el acento en lo que hasta entonces había quedado en suspenso: la cuestión del jefe, la cuestión de la fuerza, la cuestión del estado de excepción.

Ahora bien, justamente, el momento ha llegado, la oportunidad se presenta. Al convertir al Gran Consejo en el órgano soberano del régimen florentino, Savonarola restauró la República. Maquiavelo no forma parte del consejo, pero la depuración ha comenzado y ciertos puestos se liberan. ¿Quién va a remplazar a los partidarios de Savonarola en la cancillería? Maquiavelo tiene 29 años, no tiene

ninguna experiencia política, no está comprometido con el régimen caído. Su padre era amigo íntimo del primer canciller de Florencia, el ilustre humanista Bartolomeo Scala. Nicolás Maquiavelo no tiene ni la alcurnia ni la educación ni los contactos como para aspirar a tan alto título, pero ¿por qué no primer secretario de la segunda cancillería? No está tan bien pago, es menos prestigioso, pero hoy diríamos que es más estratégico: algo así como un cargo de responsabilidad discreta e influyente.

Se trata de mantener una correspondencia cotidiana con todos los aliados del Estado florentino y, al mismo tiempo, vigilar lo que se trama en las opiniones que agitan a la multitud. Bartolomeo Scala solía decirle a su padre: "Es la alcantarilla del pueblo". Sumergirse en los bajos fondos de las pasiones humanas, no taparse la nariz ante las pestilencias del poder: eso que Maquiavelo llamará "el trabajo del Estado" es un trabajo ideal para él.

El 19 de junio de 1498, tres semanas después de la ejecución de Savonarola, el Gran Consejo confirma a Maquiavelo en sus nuevas funciones. Él se rodea de un pequeño equipo que lo seguirá hasta 1512. Ninguno tiene más de 30 años, son juristas y finos letrados, y sobre todo están sedientos —de trabajo, de poder, de amistades—. Durante quince años, esta alegre brigada lo compartirá todo, tanto las bromas indecorosas como los secretos de Estado, y revolucionará los convencionalismos de ese orden de los Padres que durante tanto tiempo paralizó la vida civil florentina.

Un régimen político se caracteriza también por la edad de quienes ejercen las responsabilidades: detrás de las fastuosidades juveniles de la Corte medicea, una gerontocracia conservaba firmemente las riendas del poder. Ahora, extenuada, acaba de soltarlas. Es hora de apoderarse de ellas. Como aconsejará más tarde Maquiavelo: "Probar fortuna, pues esta es amiga de los jóvenes, y cambiar según los tiempos". Los tiempos han llegado. Por fin, todo comienza.

8.

Viajar

“Salgan ahora de sus casas y observen a quienes los rodean.” Es una carta fechada en 1503. En ella, Maquiavelo se dirige a los Dieci di libertà, los diez magistrados que deciden las operaciones militares de la República de Florencia en nombre de la idea que se hacen de la libertad. ¿Una invitación al viaje? Digamos más bien una enérgica exhortación a cuestionar las propias certezas. Viajen, conozcan otras realidades, abandonen sus posiciones bien asentadas, olviden la calma satisfecha de sus arraigos. Desde más lejos verán otra cosa, y sobre todo verán el lugar desde donde ven las cosas. ¿No es eso acaso lo que los pintores del Renacimiento llaman perspectiva?

Salgan ahora de sus casas y observen a quienes los rodean. Se encontrarán atrapados entre dos o tres ciudades más ansiosas de verlos muertos que vivos. Vayan más lejos; salgan de la Toscana y observen toda Italia: la verán sometida a la influencia del rey de Francia, de los venecianos, del papa y del duque de Valentinois.

Florencia vista desde la Toscana, la Toscana vista desde Italia, Italia vista desde Europa, ¿y por qué no Europa vista desde ese mundo que se ensancha? Maquiavelo trabaja en la cancillería junto a Agostino Vespucci, cuyo hermano Américo, navegante y geógrafo, le dará su nombre al Nuevo Mundo. Ya ven: lo que espera Maquiavelo de ese poner en perspectiva nuestros propios puntos de vista es antes que nada una cartografía de las relaciones de fuerza.

Maquiavelo no tenía rango de embajador. Durante sus misiones diplomáticas, no representaba al Estado florentino ni podía negociar; solo observar, discutir y comparar. En la Romaña,

tratando con César Borgia, el hijo del papa al que en su carta llama "el duque de Valentinois", aprende la velocidad de decisión, el arte de sorprender a su entorno y la falta de escrúpulos en el uso de la violencia política. En Roma, adonde viaja en dos ocasiones, comprende que el poder excesivo del papa, por querer comportarse como un príncipe guerrero en el mundo temporal sin abandonar sus pretensiones espirituales a un poder universal, va a desestabilizar a toda Italia. La Corte imperial de Maximiliano I le inspira, en su "Discurso sobre los asuntos de Alemania y sobre el Emperador", una reflexión sobre la autoridad del monarca. Pero donde se encuentra realmente con el poder es en Francia.

1500, 1504, 1510 y 1511: en cuatro ocasiones, Maquiavelo es enviado a la Corte del rey Luis XII. Nos cuesta, hoy en día, tener una noción de la hiperpotencia que representaba por entonces la gran monarquía francesa. Un territorio "fecundo y opulento", una coerción fiscal sin fallas, una vieja costumbre de sumisión a la autoridad no atenuada por ninguna tradición de libertad: eso es lo que impresiona a Maquiavelo. Y lo más extravagante de todo, dice, es que los franceses parecen amar a su rey.

Maquiavelo fue maltratado en la Corte de Luis XII, sobre todo durante su primera legación, en 1500. Lo ignoran, lo desprecian, no lo escuchan. Él, primero, se indigna: esos ministros están "cegados por su propio poder". Luego, entiende: el rey de Francia "solo valora a aquel que viene armado o dispuesto a dar algo". Así que perdónenme, señores míos, les escribe a sus amos florentinos, pero aquí "ustedes no cuentan para nada" —y para acentuar sus palabras, Maquiavelo utiliza el latín: pro nihilo—.

A esos franceses arrogantes que le reprochan "no entender nada de la guerra", Maquiavelo les responderá mucho más tarde en El príncipe que ellos "no entienden nada del Estado". Pero por el momento soporta los golpes y recibe esa humillación como una lección política. Viajar es un ejercicio de perspectiva. Y es también una cura de modestia.

9.

Una lengua bien afilada

Viajando y leyendo: así es como Maquiavelo “aprende el arte del Estado”. Y yendo a ver; y cuando él mismo no puede desplazarse, intercambiando con sus contactos gran cantidad de misivas, esas viajeras incansables. De 1498 a 1512, durante quince años, el secretario de la cancillería de Florencia redacta miles de despachos, informes y cartas de representación destinadas a toda Europa. El caudal de esas cartas es como un oleaje que la acelerada corriente del tempo político sacude por momentos. En esos casos, debe tomar varias veces por día la pluma, o dictar a toda velocidad, para relatar, informarse, hacer preguntas, poner a prueba voluntades. De cuando en cuando, no puede contenerse y se deja llevar por la fuerza de un detalle o la energía de un relato —y ahí su escritura se enardece y elabora esas fórmulas corrosivas que conforman la tan disfrutable maldad de su estilo—.

Pues de eso se trata: de afilar, al calor de la acción, el acero de una lengua política, y que su filo resulte igual de punzante cuando se trate de cortar por lo sano. Los historiadores han dicho, acerca de la Italia del siglo xv, que había inventado la diplomacia. Sus técnicas, elaboradas a la escala peninsular de pequeños Estados que debían mantener el equilibrio de su poder, se ampliarán en el siglo siguiente a toda Europa, convirtiéndola así, a través del juego de la guerra y la paz, en una Italia grande.

En la unión entre dos siglos, Maquiavelo vive ese cambio. Es el heredero de una tradición que él renueva y amplifica: la de las embajadas, pero también la de ese idioma común de las negociaciones que se pronuncia por entonces en italiano. No pensemos en Maquiavelo como el creador de esa manera de hablar. Su oficio consistía también en redactar actas de las asambleas informales de ciudadanos influyentes consultados sobre los asuntos importantes; hemos conservado miles de páginas de esas actas.

Maquiavelo se pone a tono así con un discurso social cuyo ritmo conoce a la perfección, e instrumentando ese pulso logra hacer resonar algo parecido a una lengua política.

Quisiera hacerles oír el júbilo de esa lengua que corre directo al blanco para nombrar lo que Maquiavelo llamará la verità effetuale della cosa, la verdad efectiva de la cosa. Se lo percibe de inmediato, de manera estrepitosa, en su primer discurso público, en mayo de 1499. Trata sobre los asuntos de Pisa, la eterna rival de Florencia. ¿Qué hacer? Escúchenlo:

Que nos resulta necesario recuperar Pisa para conservar nuestra libertad es algo que nadie puede dudar, no tengo que demostrárselo con más razones que las que ustedes mismos conocen. Solo examinaré los medios que conducen o pueden conducir a esa meta, que serían, a mi parecer, ya sea la fuerza, ya sea el amor. Es decir que o bien recuperamos la ciudad asediándola, o bien logramos que se ponga en nuestras manos por su propia voluntad.

Maquiavelo continúa: el amor es preferible, pero la fuerza es a veces inevitable.

Puesto que la fuerza es necesaria, parece que deberíamos considerar si resulta oportuno recurrir a ella ahora o no.

¿Es ahora? Entonces todavía queda por decidir lo siguiente:

Hay que recuperar Pisa, ya sea a través del asedio y el hambre, ya sea atacándola con nuestra artillería bajo sus muros.

Y la cosa sigue así —o bien esto, o bien aquello— a través de sucesivas ramificaciones de posibilidades. ¿Escuchan ese ritmo? Es el tempo maquiaveliano que le da a su lengua ese paso rápido y decidido. Decidir es zanjar. Pero, para zanjar, hay que saber nombrar las alternativas.

10.

Golpe de Estado

La gran suerte de Maquiavelo fue haber sido decepcionado siempre por todos los hombres de Estado con los que se cruzó. Ninguno, en suma, estaba a la altura de la situación, ninguno estaba listo para actuar con la claridad, la rapidez y el modo perentorio que exigía la calidad de los tiempos. Es una suerte, sí, en cierta forma, cuando vemos con qué desmoronamientos morales y literarios suele pagarse la fascinación de los intelectuales por los hombres de poder. Apenas encuentran a quien admirar, su inteligencia está perdida.

Maquiavelo buscó príncipes que admirar y, como no los encontró, tuvo que inventar un Príncipe de papel. Y desde entonces no paramos de hablar de él: la ficción se ha vuelto mucho más sólida que los evanescentes espectros de los poderosos que fracasan a la hora de hacer historia. ¿Quién se acuerda de Piero Soderini? Ese confaloniero de justicia era el hombre fuerte del Estado florentino, el protector de Maquiavelo. Un hombre "paciente y bondadoso", dirá Maquiavelo. Pero la paciencia política es lo contrario de la indecisión o la lentitud: no consiste en tomarse su tiempo, sino en saber apoderarse de él llegado el momento. Soderini no vio el peligro que merodeaba alrededor de la República, no supo armarse contra sus enemigos y, en 1512, Maquiavelo lo considera responsable de la caída del régimen que tan ardientemente defendió. Cuando muere diez años más tarde, es decir en 1522, Maquiavelo le dedica un cruel epigrama. El alma de Soderini se presenta ante las puertas del Infierno.

¿Al Infierno? —gritó Plutón—. Pobre ingenuo, sube al limbo con los demás niños.

Telón. Ninguna piedad para los vencidos. Maquiavelo tampoco muestra piedad a la hora de describir la salida de escena de César Borgia, en 1503. Por un tiempo, se había mostrado interesado en su pequeño teatro de crueldades, pero los escenarios de la historia están ahora ubicados en otros lugares, y no en Florencia o la Romaña. Muy pronto se interpretará una obra particularmente impactante, a saber, el enfrentamiento en Italia de las potencias monárquicas europeas: el Imperio, el reino de Francia y muy pronto también España, que el papa Julio II introduce nuevamente en el juego en 1511.

Entonces todo se acelera. El 11 de abril de 1512, en Ravena, el rey de Francia Luis XII logra una victoria tan costosa que lo obliga a abandonar Italia. Junto a sus aliados, decide restablecer el poder de los Médici en Florencia. El 16 de septiembre, sus partidarios se apoderan del Palacio de la Señoría para disolver el Gran Consejo, órgano central de la República florentina. Ese golpe de Estado provoca una desordenada conjura de jóvenes patricios nobles amantes de la libertad. ¿Se trata de una torpeza o de una manipulación? En todo caso, algunos hacen circular una lista de cómplices entre los cuales figura el nombre de Maquiavelo.

Todo ha terminado. Lo remueven de su cargo, lo encarcelan, lo torturan en varias ocasiones. Está a punto de ser ejecutado y solo se mantiene con vida gracias al extraño clima de fervor y reconciliación patrióticos que se instala tras la elección, el 11 de marzo de 1513, del joven cardenal Juan de Médici, convertido en papa bajo el nombre de León X. Así, Maquiavelo termina exiliado, víctima de lo que llama una “maldad de la fortuna”. ¿Se trata de la mala estrella que los italianos llaman disastro? Ya no es hora de alzar la mirada al cielo como un niño asustado. Hay que actuar, para exorcizar el desastre y encontrar la manera de volver al juego político. Pero ¿cómo? ¿Y si los libros, una vez más, pudieran ayudarnos con nuestra revancha?

Después del desastre

11.

Carta de un exiliado

“Estoy en el campo y, después de los últimos accidentes que he padecido, he estado como mucho, juntándolos unos con otros, veinte días en Florencia.” El 10 de diciembre de 1513, Maquiavelo le escribe a su amigo Francesco Vettori. Esa carta desde el exilio ilustra su fracaso: alejado del poder por el regreso de los Médici, que rubricó la abolición de la república, Maquiavelo es un hombre vencido. Por eso escribe, no para de escribir. No con el fin de defenderse de los golpes —es demasiado tarde—, sino para comprender, ya terminada la pelea, por qué no los vio venir.

Y cómo es mi vida, se los voy a decir. Me levanto a la mañana con el sol y me dirijo a uno de mis bosques, que estoy haciendo talar; allí me quedo dos horas para observar el trabajo realizado el día anterior y pasar algo de tiempo con los leñadores, que siempre están peleados entre sí o con los vecinos. Podría contarles mil cosas hermosas que me sucedieron en ese bosque.

Sí, mil cosas hermosas, pues están iluminadas por sus reminiscencias literarias. Contempla el paisaje y se acuerda de Petrarca. Aquí lo vemos alejarse, con un libro de poesía bajo el brazo:

Cuando me voy del bosque, me dirijo a una fuente y de ahí a mis puestos de caza. Llevo un libro conmigo, de Dante o de Petrarca.

Y luego, miren, aquí regresa:

Camino entonces hacia el albergue, hablo con la gente que pasa, les pregunto si tienen noticias.

Maquiavelo es un cazador que está siempre al acecho para observar los mecanismos de las pasiones humanas que agitan la vida de los demás. ¿Dónde creen que se puede aprender qué es la política si no es en lo colectivo, viendo nacer los desacuerdos? En el albergue se encuentran "un carnicero, un molinero y dos caleros. Junto a ellos, me envilezco hasta el final del día, jugando al berlanga o a las tablas reales,[2] y surgen de ahí mil ocasiones de disputas, innumerables exasperaciones que derivan en insultos".

Entonces, una vez caída la noche, para Maquiavelo es hora de ir a visitar a sus amigos invisibles, que son los libros antiguos. Están muertos hace tiempo, pero nos dan vida. También a ellos podemos pedirles noticias. Pero para eso hay que esforzarse un poco, hay que acicalarse, para ponerse a conversar solemnemente con los antiguos:

Una vez caída la noche, vuelvo a mi casa y entro a mi despacho; en el umbral me quito mis ropas de todos los días, sucias y cubiertas de barro, y me pongo ropajes dignos de la corte de un rey o un papa; y vestido como se debe, entro a las antiguas cortes de los Antiguos, donde, recibido por ellos con amor, me deleito con ese manjar que solum es mío y para el cual nací; y entonces no tengo vergüenza de hablarles y preguntarles las razones de sus actos; y ellos, benevolentes, me responden; y durante cuatro horas no siento ningún aburrimiento, olvido todas las preocupaciones, no le temo a la pobreza y la muerte deja de asustarme.

No sé si existe un elogio más hermoso de la transmisión, esa manera

respetuosa y alegre de abrirse camino entre la multitud sin valorar nunca demasiado la propia soledad, ampliar el círculo de la humanidad compartida a los vivos y los muertos. Así hablaba Maquiavelo en 1513, en una carta dirigida a un amigo, para explicarle cómo lograba escapar del “enmohecimiento que se apoderaba de su cerebro” desde que había sido apartado de los oficios del Estado. ¡Ah, y me olvidaba! También le anuncia que acaba de terminar un pequeño libro. ¿El título? Lo conocen bien: El príncipe.

12.

¿Cómo leer El príncipe?

¿Y si sencillamente fuera un hombre ruin? En el sentido que le da Jean-Paul Sartre a esa palabra, por supuesto, si no nunca me lo permitiría: un ruin, contrariamente a un cobarde, es alguien que cree que su existencia es indispensable para el funcionamiento del mundo. Maquiavelo no escribe El príncipe solo para consolarse por su inacción o vengarse de sus enemigos. Se muere por volver a entrar en el juego político y se siente furioso por no poder emplear ese arte de gobernar basado, según dice en la dedicatoria del libro, en "una larga experiencia de las cosas modernas y un estudio constante de las antiguas".

¿Está acaso dispuesto a todo para congraciarse con los poderosos de turno? Podríamos pensarlo, leyendo justamente esta sorprendente dedicatoria: "Nicolás Maquiavelo saluda al Magnífico Lorenzo de Médici". Se trata de Lorenzo el Joven, a quien el papa León X le confió el gobierno de Florencia en el verano de 1513. ¿Cómo puede Maquiavelo encomendarse a un miembro de la familia Médici, responsable de su propia desgracia y de la ruina de la República? ¿Puede ser hasta tal punto infiel a sus propias posiciones? ¿O acaso juega a dos bandas?

¿Traición o duplicidad? Decididamente, nos cuesta mucho suspender nuestro juicio sobre este libro, cuyo objetivo principal, sin embargo, consiste en separar la acción política de la moral común. Es que en el fondo no sabemos muy bien cómo leerlo. No es nada nuevo: la gran controversia del maquiavelismo ha pasado siempre por saber no por qué, sino para quién escribe Maquiavelo. ¿Para los príncipes o para aquellos que quieren resistirse a ellos? En el siglo xviii, Diderot se inclinaba por la primera solución: Maquiavelo les enseña a los poderosos "una especie de política detestable que podemos sintetizar en dos palabras, el arte de tiranizar". Pero Rousseau le responde en El contrato social: "Este

hombre no les enseña nada a los tiranos, ellos ya saben muy bien lo que tienen que hacer; al contrario, Maquiavelo instruye a los pueblos acerca de lo que deben temer".

Entonces, ¿es bueno o es malvado? Esa pregunta, que nos quema los labios, más nos valdría olvidarla. Pues si queremos saber a quién se dirige Maquiavelo cuando escribe El príncipe, basta con remitirnos al capítulo xv, donde declara: "Mi intención es escribir cosas que le resulten útiles a aquel que las escucha". He ahí el gesto revolucionario por excelencia: describir con exactitud las cosas que suceden y dejarles a quienes quieran hacerla la tarea de deducir de ellas reglas de acción.

Sí, revolucionario, eso dije: escuchen el párrafo entero. Se refiere a la dominación que los príncipes ejercen sobre sus súbditos:

Y puesto que sé que muchos han escrito a este respecto, temo ser tomado por presumido, ya que me aparto, al escribir sobre este tema, del punto de vista de los demás. Pero puesto que mi intención es escribir cosas que le resulten útiles a aquel que las escucha, me pareció más apropiado ir directamente a la verdad efectiva de las cosas que a la imagen que de ellas tenemos. Y muchos han imaginado repúblicas y principados que nunca vimos ni supimos que existieran realmente.

"El punto de vista de los demás" del que se aleja es toda la filosofía política. Ya no es hora de imaginar mejores sistemas de gobierno. Comencemos nombrando con exactitud la práctica del poder, haciendo de ella un balance sin piedad. ¿Y luego? Luego veremos. Al menos, no podremos decir que no sabíamos.

13.

Conquistar y conservar

El libro de Maquiavelo que llamamos habitualmente El príncipe no se llama El príncipe, sino De principatibus —en latín: "De los principados"—. ¿Cuál es la diferencia y por qué la posteridad la olvidó tan velozmente? Maquiavelo, como ya sabemos, no escribe un tratado de buen gobierno. No le da lecciones a nadie, ni a los que gobiernan ni a los que lo leen. En ese sentido, efectivamente, rompe el espejo; me refiero al espejo de príncipes, ese género tradicional de la literatura política medieval que pretende realizar una educación moral de las cabezas coronadas imponiendo la idea simple, pero mil veces repetida, de que reinar es lo contrario de dominar.

En suma, Maquiavelo, ese maestro del desencanto, nos dice esto: dejemos de tomar nuestros deseos por realidades, no soñemos con repúblicas imaginarias contentándonos con palabras; en lugar de eso, comencemos haciendo el inventario de las diferentes maneras de gobernar según lo que nos marca nuestra experiencia. De principatibus: el libro se presenta entonces como una tipología, por más que la ácida escritura de Maquiavelo siempre termine imponiéndose a esa sabia planificación, apartándose del plan anunciado para avanzar a bruscos volantazos, a través de un entramado de digresiones en cadena —como si el texto, lleno de ímpetu, se engendrase a sí mismo—.

Sin embargo, hay una distinción planteada desde el principio y que Maquiavelo nunca pierde de vista: el libro no trata sobre las repúblicas, sino sobre los principados, y no sobre los principados que se heredan, sino sobre aquellos que se conquistan por la astucia, la fuerza o la suerte, esos Estados que se entregan a los héroes audaces que tientan a la fortuna, los príncipes nuevos. Pero no nos engañemos: es mucho más fácil tomar el poder que conservarlo. En la lengua de Maquiavelo, mantenere lo stato

significa a la vez mantener el Estado y mantenerse en estado. Aquellos que se muestran incapaces de ello no solo arruinan sus chances de mantenerse en el tiempo —lo que sigue siendo la gran meta de la política—, sino que atentan contra la grandeza del Estado como ejercicio del poder, régimen e institución.

Pues para no perder el poder del que nos hemos intrépidamente apoderado hacen falta cualidades propias que no son las de la moral común. A partir del capítulo xv, cambio de planes, inversión de la perspectiva: Maquiavelo explora esas virtudes que transforman al príncipe en un experto sin escrúpulos de su propia conservación. Su tratado toma entonces otra dimensión, deslumbrante y provocadora. Por eso su editor romano, Antonio Blado, cuando lo imprime por primera vez de manera póstuma en 1532, le da un título más atractivo, y en italiano: Il Principe, el príncipe.

Por supuesto, es ese título el que conserva la posteridad. Funciona como una invitación a una lectura que, al mismo tiempo, generaliza y simplifica la obra, reduciéndola a un vademécum de la toma de decisiones, a un tratado acerca del momento adecuado para actuar, útil para todos los profesionales del gobierno de los hombres y las cosas, es decir, usando una palabra fea: del management. Así es que el Príncipe se vuelve un término genérico para referirse, según los contextos, al gobierno, el partido, el jefe o la multitud. Sirve para nombrar la urgencia de leer a Maquiavelo en tiempo presente.

14.

El mal en política

En el capítulo xvii de El príncipe hay una fábula, de esas que les contamos a los niños para enseñarles a tener miedo. Podríamos llamarla “El zorro y el león”. Aquellos que nos dirigen, dice Maquiavelo, saben fingir ser animales —a veces astutos, a veces poderosos—. Según las circunstancias, eligen ser zorros o leones, “porque el león no se defiende de las trampas y el zorro no se defiende de los lobos. Así que hay que ser zorro para conocer las trampas y león para asustar a los lobos”.

¿Es eso entonces gobernar? ¿Imitar a los animales, abandonando lo propio del hombre, para cubrirse con una piel de bestia salvaje? ¿Es solo eso, a fin de cuentas, El príncipe? ¿Un miserable montoncito de artimañas que se reducen a la sencilla habilidad de ocultar lo que se piensa, a las carnavalescas alegrías del disfraz? Pero la trampa consiste justamente en asustarse de todo eso. Así que retomemos con calma a partir del lugar en que nos habíamos detenido, en esta recomendación general del capítulo xv:

Por eso es necesario que todo príncipe que desee mantenerse aprenda a poder no ser bueno y a usar o no usar esa capacidad, según la necesidad.

Está todo dicho, en pocas palabras. Necesario: el pensamiento político de Maquiavelo es una filosofía de la necesidad. Apunta a una meta: mantenerse. Sus reglas de acción se imponen como única meta el uso: usar o no usar, según la necesidad. No se trata de ser siempre malvado: Maquiavelo escribe más adelante, por ejemplo, que no le sirve de nada a un príncipe ganarse la envidia de sus súbditos atrincherándose en palacios lujosos o amenazantes, pues la

mejor fortaleza que existe es no ser en absoluto odiado por el pueblo. Así que nada de crueldades inútiles, nada de violencia descontrolada: saber dosificar la propia fuerza, es decir, aprender a poder no ser bueno.

No tengo problema en aceptarlo: Maquiavelo nunca estuvo tan cerca de parecerse a la caricatura que hacen de él sus adversarios escandalizados. Pero aquí su pensamiento es mucho más subversivo que el inmoralismo banal de los cínicos. En él, la cuestión del bien y el mal es más que nada adverbial: el príncipe no debe hacer el bien o el mal, sino que hace bien o mal lo que debe hacer.

¿Y a qué se enfrenta el príncipe? Más que nada, a la maldad de los hombres. Por supuesto, más vale ser a la vez amado y temido por aquellos que gobernamos. Pero si hay que elegir, aconseja el autor de El príncipe, mejor hacerse temer.

Pues podemos decir en general esto de los hombres: que son ingratos, cambiantes, simuladores y disimuladores, cobardes ante el peligro, ávidos de provecho. Mientras les hacemos bien, se nos entregan por completo, nos ofrecen su riqueza, sus bienes, su vida y sus hijos, siempre y cuando la miseria se mantenga alejada. Pero cuando la miseria se nos acerca, los demás se apartan.

¿Esto nos resulta chocante? ¿Preferiríamos ser dirigidos por hombres de poder que nos dijeran, con la mano en el corazón, que nos aman con todo su amor? Quizás estemos equivocados. Porque una vez más, si hacemos el esfuerzo de suspender todo juicio moral, lo que dice Maquiavelo es muy simple: dice que el príncipe debe ponerse en situación de suponer siempre lo peor de parte de aquellos a los que gobierna. Los legisladores lo saben bien hoy en día, o deberían saberlo: no se hacen leyes esperando que se apliquen de manera desinteresada y virtuosa. Se hacen leyes, o se evita hacerlas, tratando de adelantarse a sus usos más funestos. ¿Y qué les parece si hablamos del estado de excepción?

15.

Estado de excepción

Es muy poco común que los historiadores puedan presumir de algún tipo de lucidez acerca del presente. En general, ni su saber ni su método les evita enceguecerse. Marc Bloch es casi la única excepción. Su libro La extraña derrota, escrito en pleno fragor en 1940, hace un balance implacable de la crisis moral e intelectual de las élites francesas que precipitó la debacle. Ese gran libro de historia inmediata es también un llamado a la resistencia, que será publicado póstumamente después de la muerte heroica de Marc Bloch, torturado y fusilado por los nazis el 16 de junio de 1944.

Salvando todas las distancias, podríamos decir que El príncipe es algo así como La extraña derrota de Maquiavelo. O, en todo caso, la derrota de los príncipes de Italia que no supieron conservar sus Estados frente a la furia francese de los ejércitos venidos del oeste, que, desde 1494, lo derrumba todo a su paso. ¡Pero que no vengan a hablarle de mala suerte! No cabe duda, la Fortuna es caprichosa:

Y yo la comparo con uno de esos ríos furiosos que, cuando montan en cólera, inundan las llanuras, derriban árboles y edificios, arrancan la tierra de un lado y la depositan del otro: todos huyen ante ellos, todos claudican ante sus ataques, sin poder de ninguna manera obstaculizarlos.

¿Qué hacer entonces? Simplemente lo que hacen los ingenieros, Leonardo da Vinci y los demás: Maquiavelo los ha visto trabajar, al acompañarlos a las obras para desviar el curso del Arno. Los vio distraer y encauzar, contener, forzar y aliviar —en suma, gobernar, es decir, actuar sobre las acciones contrarias—. Pero para eso hace falta virtù, esa virtud política que es al mismo tiempo una razón

práctica, esa virtud que Maquiavelo ha perdido la esperanza de poder enseñarles un día a los príncipes de su época.

Los tres últimos capítulos de El príncipe resuenan como una exhortación vibrante y dolorosa: para Maquiavelo, ya no es hora de entregarse a las idas y vueltas tranquilizantes que le inspiran las Vidas paralelas de Plutarco, tomando alternativamente sus ejemplos en la historia de los antiguos y la experiencia de los modernos. Como el río que desborda, el miedo del presente se lo lleva todo por delante. Incluyendo, sin duda, sus propias convicciones republicanas. Así, como último recurso, hace un llamado al poder inquebrantable de un príncipe de los nuevos tiempos que sabrá liberar a Italia de la "pestilencia de esta dominación bárbara".

"Pestilencia", "bárbaros", sí, leyeron bien: así habla Maquiavelo de los franceses en el último capítulo de El príncipe, abandonando toda distancia irónica para apelar a una fibra patriótica que no le conocíamos. Italia mia: cita a Petrarca y comprendemos que esa exaltación poética de la italianidad es algo así como la expresión de una identidad herida, que aceptaría fácilmente recurrir a la fuerza y al poder autoritario.

Entramos en una zona peligrosa, que parece justificada por el estado de excepción en medio del cual escribe Maquiavelo. La justifica y la estimula al mismo tiempo —a la manera de esas sociedades que se vuelven violentas por ociosidad—. Decididamente, Maquiavelo se desvela por regresar al juego y seducir a la Fortuna, ya que ese río es también una mujer que hay que saber conquistar. Escribir, escribir, siempre escribir, ¿cuándo lo querrán por fin?

Políticas de la escritura

16.

La comedia del poder

El intento fracasó. Si la intención de Maquiavelo, al escribir El príncipe, era demostrar hasta qué punto un hombre de su temple era indispensable para la conservación del Estado, claramente fracasó. El libro no pasó desapercibido y durante 1514 Nicolás Maquiavelo tuvo algunas esperanzas de recuperar el favor de las autoridades florentinas. Pero esa esperanza se vio rápidamente defraudada. En una carta de febrero de 1515, el papa León X alienta a Juliano de Médici a "no involucrarse con Nicolás". Mientras se va volviendo más concreta la amenaza de las grandes ofensivas francesas (1515: batalla de Marignano), el que maneja ahora la política de Florencia es el papa.

Así que hay que continuar la lucha, desplazando el teatro de operaciones. ¿El teatro, dijo usted? ¿Por qué no? Maquiavelo siempre tuvo una inclinación por la veta satírica de las comedias romanas. En su juventud, intentó traducir a Terencio y escribió una primera obra, hoy perdida, de la que solo conocemos el título: Las máscaras.

En 1520, otra de sus comedias, sin duda redactada unos años antes, es representada en Florencia. "La obra se llama Mandrágora", leemos en el prólogo. "El autor no posee mucho renombre; sin embargo, si no consigue hacerlos reír, está dispuesto a pagarles un trago."

No necesitará hacerlo: el éxito es inmediato. Interpretada en un convento veneciano dos años más tarde, el entusiasmo del público es tan grande que la representación debe ser interrumpida. Una amarga revancha para el autor de El príncipe, que, siempre en el prólogo, nos pide mostrarnos indulgentes ante tanta liviandad:

Discúlpenlo, considerando que se esfuerza

a través de estos vanos pensamientos

por suavizar un poco su triste época.

Más allá de esto, no tiene ningún lugar

hacia donde volver su mirada.

Pues le está prohibido

hacer gala de sus capacidades

para otros emprendimientos

y no existe recompensa para sus esfuerzos.

Es cierto que la intriga de La mandrágora puede parecer escueta: un marido palurdo, el viejo Nicia, se deja engañar por las artimañas de un seductor, Calímaco, que intenta seducir a su joven esposa, Lucrezia. Todo ello gracias a un consejero astuto y a un confesor hipócrita llamado Timoteo, que completan el cuadro de una sociedad corrompida, infectada por esa planta venenosa que es la mandrágora.

¿Debemos ver en esto una alegoría política en donde Timoteo sería Savonarola y Lucrezia, Florencia? ¿Le roban su joven esposa a la república senil, seducida por la atractiva tiranía de los Médici? Quizás. Pero en esta comedia lo más político no es un eventual sentido oculto, sino el teatro mismo. Es decir, la aplicación a una intriga cómica de la implacable mecánica de las pasiones y los intereses que agitaba a El príncipe, en un mundo obsesivamente desencantado, en el que todos parecen expresarse a través de máximas.

El amor, en suma, es la continuación de la guerra por los mismos medios. La conquista de Lucrezia es conducida metódicamente, a través de una sucesión de estratagemas a las que ella, tan púdica, termina consintiendo con frialdad, cuando comprende que siempre

es mejor adaptarse a la calidad de los tiempos. Y todo eso en un mundo insensible, el de una Florencia contraída sobre sí misma, paralizada por el miedo: “¿Ustedes creen que los turcos vendrán este año a Italia?”, se pregunta un personaje, “tengo mucho miedo de su manera de empalar al mundo”.

¿Una comedia, realmente? Si se trata de reírse de la propia desesperación, sí: una comedia.

17.

Maquiavelo, ese bromista

"Historiador, autor cómico y trágico." Así se presentaba Maquiavelo al final de su vida, en una carta dirigida a su amigo Guicciardini. Nunca escribió ninguna tragedia, pero son sus comedias —La mandrágora y, más tarde, Clizia— las que, paradójicamente, representan su concepción trágica de la historia. A Maquiavelo le gustaba definirse como un hombre de letras, ya que se dirige siempre a un público, de lectores o espectadores.

Cuando comprendemos la importancia del teatro en la obra de Maquiavelo, el conjunto de sus escritos se ve teatralizado. Releer El príncipe después de haber leído La mandrágora no es tan solo encontrar en él los temas del ocultamiento, la simulación y las apariencias, sino además comprender que hay una fuerza teatral, potente e imperiosa que atraviesa todo el texto.

Si se ha podido, desde entonces, poner en escena ese texto endiablado, es porque en él Maquiavelo dispone los roles como si fueran personajes de una intriga. Pero nos equivocaríamos si buscásemos en ellos los portavoces de sus convicciones políticas. Cada uno interpreta su papel, a veces cruel, a veces cómico, y la verdad del teatro pasa por la puesta en tensión de las palabras confrontadas. Debe ser por eso que Maquiavelo multiplica las formas de dirigirse al otro: a veces dice "tú", a veces "usted", entablando el diálogo con el príncipe o con el lector. Un diálogo es justamente eso; de hecho, ¿no es acaso bajo forma de diálogos que se escriben tradicionalmente los tratados políticos? Pero aquí se trata de un diálogo que alterna los géneros y las voces, con bruscos cambios de tono, donde la risa irrumpe súbitamente en el drama de la historia —una irrupción que podríamos llamar shakespeariana, si no le temiéramos al anacronismo—.

Entonces dudamos: ¿y si estuviera bromeando? Leemos en el artículo "Maquiavelismo" de la Encyclopédie de Diderot y

D’Alembert esta anotación insidiosa: “Así, el error de sus contemporáneos fue no comprender su objetivo: confundieron una sátira con un elogio”. Nada más difícil de percibir, a fin de cuentas, que el arte sutil de la alegre provocación. Cuando Maquiavelo parece deleitarse distinguiendo, en el capítulo viii de El príncipe, “el buen y el mal uso de las crueldades” en las acciones del antiguo tirano Agatocles, rey de Sicilia, o del moderno César Borgia, quizás esté dejándose llevar por una forma de caricatura tan grotesca que termina funcionando como una demostración por reducción al absurdo.

El 31 de enero de 1515, le escribe a Francesco Vettori:

Si alguien leyera nuestras cartas, honorable compañero, y percibiera su diversidad, se sorprendería mucho, porque vería por momentos que somos hombres solemnes, ocupados en grandes cosas, y que de nuestras mentes no pueden surgir más que pensamientos rectos e importantes. Pero luego, dando vuelta la página, vería que somos ligeros, inconstantes y sensuales, y que nos ocupamos de cosas vanas. Si esa manera de proceder puede parecerles vergonzosa a algunos, a mí me resulta encomiable, pues imitamos en ello a la naturaleza, que es variada.

Varietas es, entonces, la palabra capital. Debemos ser diversos, variados, indisciplinados —es decir, tristes y alegres al mismo tiempo, para no decepcionarnos del oficio de vivir—.

18.

Políticas de la obscenidad

Pero estoy faltando a mi deber: no les he presentado su vida amorosa. Maquiavelo habla de ella muy seguido, sin rodeos, y con una desconcertante mezcla de ternura y obscenidad. Poco después de la muerte de su padre, se casó con la que seguiría siendo su mujer durante toda su vida. Fue en el verano de 1501 y su nombre era Marietta Corsini. Venía de una familia prestigiosa pero sin dinero. Él le escribía de vez en cuando, no lo suficiente para ella, sobre todo cuando sus deberes para con la República de Florencia lo obligaban a misiones constantes. “Así que le agradeceré que me escriba un poco más seguido, pues no he recibido más que tres cartas desde su partida” (Marietta a Nicolás Maquiavelo, noviembre de 1503: la única misiva de su puño y letra que se ha conservado). Y continúa: “En este momento el bebé se encuentra bien y se parece a usted: tiene la tez blanca como la nieve, pero su cabeza se asemeja al terciopelo negro, y es tan peludo como usted. Como se le parece, lo encuentro hermoso”.

Marietta habla aquí del primogénito de sus cinco hijos. Lleva el nombre del padre de Nicolás, Bernardo. Tanto a él como a sus hermanos y hermanas Maquiavelo les envió afectuosas cartas hasta el día de su muerte. Seguramente, le dio mucha importancia a consolidar alrededor de su mujer una familia grande y hermosa. Sin embargo, no estamos obligados a creerle cuando en 1525 escribe en el prólogo de su obra Clizia, que representa los amoríos de un hombre de cierta edad con jovencitas un tanto ligeras:

Me queda por decirles que el autor de esta comedia es un hombre de costumbres muy rectas y que le molestaría que al presenciarla encuentren en ella algún tipo de grosería.

En efecto, diez años antes vivió una pasión amorosa que pareció consolarlo de su exilio y sus decepciones políticas.

Sepa usted simplemente que ni mis casi 50 años me afectan —le escribe a un amigo en una de sus cartas—, ni los caminos más duros me desalientan, ni la oscuridad de las noches me espanta. Todo me parece fácil […]. Probablemente, me esté embarcando en un gran tormento, y sin embargo siento tanta dulzura incluso en ese tormento, encuentro tanta placidez y belleza en ese rostro y eliminé tanto todos los recuerdos de mis males que por nada en el mundo me gustaría dejarla ir, incluso aunque pudiera.

Este tono no puede dejar de sorprendernos, pues contrasta con la procacidad habitual de su correspondencia cuando se trata de sus conquistas femeninas. Hay una de 1509 que no sé si citar aquí, de tan grosera que es. Dirigida desde Verona a su compañero Luigi Guicciardini, describe lo que Maquiavelo llama su “celo desesperado” junto a una vieja prostituta espantosamente fea.

En esa descripción difícil de soportar deben entrar algunas reminiscencias de esa literatura burlona que tanto le gustaba a Maquiavelo. Animalidad, deformidad, pulsiones: encontramos en ella todos los elementos narrativos que relacionan la hilaridad con la amargura. Revelar lo obsceno es, en el sentido propio, volver visible lo que se mantiene fuera de escena, pero también es hacer de pájaro de mal agüero. Maquiavelo es decididamente impresentable. Si suele detestárselo con tantas ganas, es porque tiene la impertinencia de revelar nuestros secretos.

19.

El coraje de nombrar

A medida que las amistades se van tornando menos numerosas, la correspondencia de Maquiavelo escasea y, mientras en su época de intensa actividad política podíamos seguir el hilo de su existencia día por día —esos quince años durante los cuales, de 1498 a 1512, "no jugó ni durmió"—, el ritmo de su vida ya solo se ve marcado por su escritura. Así y todo, la cronología de sus obras resulta incierta. Pero hay algo seguro: ya nunca dejará de escribir, entregándose a todos los géneros, pasando velozmente de uno a otro. Poesía, teatro, tratados, filosofía moral, historia: todo viene bien para ejercer ese arte de la palabra justa que, según él, exige la maldad de los tiempos. Porque cuando no existe más que una relación incierta entre las palabras y las cosas, cuando un poder injusto obra para volver inoperante el lenguaje político, entonces la exigencia literaria se torna imperiosa. No solo para oponerle a la malignidad de la fortuna la fuerza apacible y solemne de los libros, sino también para extraer de ellos el coraje de nombrar.

Nombrar: ¿qué vendría a ser eso? Denominar sin dudar, encontrar la palabra justa, aquella que remite a la verdad de la cosa misma y no a la idea que nos hacemos de ella. Para eso, hace falta limpiar la lengua de eso que en francés se llama langue de bois.[3] Los lexicógrafos nos enseñan que esa expresión, que viene del ruso lengua de roble, recién aparece en la lengua francesa después de 1968, en el momento en que se descubre hasta qué punto la lengua del poder se ha vuelto súbitamente obsoleta. La "lengua de madera" no solo es pesada y repetitiva: como apunta a ocultar una incapacidad o una reticencia a la hora de decir las cosas, manipula palabras huecas que las esquivan cuidadosamente.

Así, se trata de retomar, una por una, todas las palabras robadas, vaciadas de su substancia de tanto girarlas en todas direcciones, para recargarlas y recuperar la alegre energía de su densidad, casi

diría de su explosividad. Una desoxidación indisociablemente poética y política, entonces. Ese es el trabajo que Maquiavelo le impone a la lengua de su tiempo. A la lengua común: rechaza los neologismos y utiliza el latín con moderación. Cuando escribe stato en El príncipe —y lo escribe exactamente 116 veces— es para jugar dúctilmente con toda su gama de sentidos posibles (poder, dominación, territorio, régimen…) y mantener todo el tiempo en alerta su capacidad de denominación.

Maquiavelo se adapta en esto a la lengua diplomática de su época, pero no exclusivamente: su italiano es el de las cancillerías y el de las hosterías, de la poesía refinada y de las bromas obscenas. Defiende la dignidad dialectal de la lengua toscana en un discurso de inspiración dantesca, ya que fue también un lector apasionado de la obra de Dante. Sin embargo, esto no le impidió parodiar La divina comedia en un poema filosófico y burlesco llamado “El asno”. Probablemente, haya sido en esa misma década de 1510 que imitó la veta narrativa de Boccaccio en un relato llamado Belfegor.

¿Realmente quiso rivalizar con los más grandes escritores italianos de su tiempo? Podríamos pensarlo, leyendo esta carta dirigida a un amigo de Ariosto, el ilustre autor del Orlando furioso:

Si lo tiene cerca, envíele mis saludos y dígale que de lo único que me quejo es de que, habiendo citado a tantos poetas, me haya ignorado come un cazzo, como a una mierda.

El coraje de nombrar, les digo. ¿No se ha dicho que la función de un escritor era llamar al pan, pan, y al vino, vino?

20.

El arte político de tomar posición

¿Quieren llegar al objetivo deseado? Hagan como el buen arquero, que coloca su mira más alta que el blanco, no para superarlo, sino para alcanzarlo. Dicho de otra manera: apunten alto si quieren dar en el blanco. La metáfora está tomada de la retórica clásica; Maquiavelo la utiliza para justificar la inclusión en sus obras políticas, y específicamente en El príncipe, de "muy grandes ejemplos" de hombres ilustres como guías para la acción. En términos de lenguaje político, de educación, o simplemente en cuanto a la manera de conducir nuestra propia vida, deberíamos recordar siempre esta lección: tomar ejemplos elevados no es presumir de nuestras capacidades, sino, al contrario, según escribe Maquiavelo, "saber hasta dónde llega la fuerza de nuestro arco".

El tirador y el pintor tienen en común ese arte de tomar posición. Encontrar el ángulo adecuado, de ser necesario correrse un poco, dar un paso hacia un lado, pero hacer frente al objetivo sin evasivas. Se trata de un arte político, eminentemente político, y sin duda por eso Maquiavelo hace alusión a él con frecuencia, en particular en un párrafo impactante de la dedicatoria de El príncipe:

Tal como aquellos que dibujan paisajes se ubican abajo en la llanura para observar la naturaleza de las montañas y los sitios elevados, y para observar lugares bajos se colocan en lo alto de las montañas, para conocer bien la naturaleza del pueblo hay que ser príncipe y para conocer bien la del príncipe hay que ser del pueblo.

Tal como aquellos: una comparación, entonces. Pero ¿con quién? "Aquellos que dibujan paisajes" pueden ser tanto cartógrafos como pintores. Leonardo da Vinci fue ambas cosas e intentó reconciliar los

ritmos del mundo a través de una obstinada práctica del dibujo. Volver visible la calidad de los tiempos: en esto Leonardo y Maquiavelo fueron contemporáneos, y no solo porque muy probablemente se conocieron, entre 1502 y 1504, en la Romaña de César Borgia, en Florencia en el Palacio de la Señoría o en las obras de desviación del curso del Arno, en otras partes de la Toscana.

Allí abajo se encuentra la posición adecuada para concebir el arte de gobernar. Sin duda, existe una ciencia del Estado que dominan los príncipes y aquellos que los aconsejan. Conocen la naturaleza del pueblo, es decir que observan desde arriba las pasiones sociales que lo animan. Pero lo que no ven, desde su sitial elevado, es la realidad de su poder; por eso siempre terminan dejándose cegar por él. Aquellos que lo comprenden mejor, por el contrario, son quienes lo padecen. Maquiavelo les reconoce a los dominados el saber sobre su dominación: un saber enérgicamente emancipador para aquellos que aceptan compartirlo. Lo escribe en Discursos sobre la primera década de Tito Livio: el pueblo conoce aquello que lo oprime.

¿De qué se trata ese libro y cómo se constituye ese saber político del desacuerdo? Es lo que intentaremos comprender. Pero entendamos bien el alcance de esta metáfora pictórica del conocimiento político: no nos aleja de su descripción como hombre de letras, escritor y creador; al contrario, nos conduce hacia ella, ya que nos recuerda que para descubrir la verdad de la cosa misma siempre hace falta, en cierta forma, inventarla.

La república de los desacuerdos

21.

¿Qué es una república?

Es un pequeño jardín a la sombra de un palacio. Se viene aquí a tomar el fresco, bajo las estatuas antiguas y los árboles aromáticos, cuyas variedades lejanas evocan la inmensidad del mundo. Se habla de literatura y política, para descansar un poco de las conversaciones refinadas —pero también, quizás, para preparar el futuro—. ¿Quiénes? Algunos florentinos bien nacidos, reunidos alrededor de Cosimo Ruccellai, el dueño de ese sitio al que llaman en latín Oricellari, los jardines Ruccellai.

¿Les dije ya que Maquiavelo era un buen orador? No cabe duda de que lo era. A tal punto que, a partir de 1517, eran muchos los que venían a escucharlo disertar sobre la república romana. En el siglo i de nuestra era, Tito Livio contó sus orígenes en su monumental Historia de Roma. Nadie esperaba de parte de Maquiavelo una glosa sabiamente ordenada, como un ejercicio escolar, del ilustre historiador antiguo. Al contrario: comentaba a Tito Livio para buscar en él reglas de acción. Con absoluta libertad, trataba de corregir el presente a través del conocimiento del pasado.

Maquiavelo retomaba así un proyecto que probablemente ya había comenzado antes de la redacción de El príncipe. Discursos sobre la primera década de Tito Livio: ese es el título de ese libro inconcluso que recién será publicado en 1532, cinco años después de la muerte de Nicolás Maquiavelo. ¿Se trata de la versión republicana de El príncipe? En cierta forma sí, ambas obras se responden. Tres partes de longitud desigual, un discurso incoherente y fragmentado: los Discursos son exuberantes e inconexos ahí donde El príncipe era denso, mordaz y nervioso. A sus editores les resultó muy difícil unificar esta masa en movimiento, que parece trastocada por la historia, o más precisamente por la voluntad de Maquiavelo de extraer de esa masa un arte práctico de la emancipación.

Entonces, claro está, encontraremos en los Discursos brillantes

reflexiones sobre el régimen republicano. Pero en el fondo lo esencial no pasa tanto por el funcionamiento de las instituciones, sino por la idea misma de soberanía popular. Reconocer su legitimidad —lo cual es la base de toda república— implica una antropología política de la naturaleza del hombre. A eso apunta Maquiavelo.

El capítulo lviii del primer libro se llama “La multitud es más sabia y más constante que un príncipe”. Allí leemos lo siguiente:

No sin razón se suele comparar la voz de un pueblo con la de Dios. Pues vemos que la opinión universal acierta maravillosamente sus pronósticos, de tal manera que parece prever a través de una virtud oculta el bien y el mal que la aguardan.

Ese es el credo principal de la fe republicana. Pero la continuación del texto maquiaveliano se dedica a debilitar esa convicción: existen muchos ejemplos históricos en los que el pueblo se equivocó —o, más precisamente, en los que lo engañaron a través de las mentiras más descaradas—. De ahí la proposición esencial del capítulo xlvii:

Los hombres se equivocan en las apreciaciones generales, pero no se equivocan en los detalles.

¿Qué es el pueblo? Una opinión. ¿Es una opinión fundada? No, la mayor parte de las veces es errónea. ¿Por qué es errónea? Porque el pueblo ve las cosas desde lejos. ¿Qué es una república? El régimen que toma en cuenta esa opinión, incluso cuando se trata tan solo de emociones y prejuicios. ¿Cómo se puede seguir siendo republicano? Permitiéndole al pueblo aproximarse a la realidad del poder para que vea las cosas de cerca y no se deje engañar por ideas generales.

22.

Elogio del desacuerdo

Por favor, sean razonables, se lo repetimos sin cesar. Todos los moralistas lo han dicho, desde los estoicos hasta los humanistas, desde Séneca hasta Petrarca: la multitud es un monstruo voluble e inculto. ¿Cómo podría el pueblo gobernarse a sí mismo?

Puede hacerlo, responde Maquiavelo en sus Discursos sobre la primera década de Tito Livio, porque, por más ignorante que sea, el pueblo es capaz de cierta verdad. Sabe lo que quiere, o más precisamente lo que no quiere: dejarse dominar. A través de ese saber accede a la verdad, que es la verdad de la dominación.

Esta idea ya aparece en el capítulo ix de El príncipe. Ahí leemos lo siguiente:

En toda ciudad encontramos dos humores distintos; y eso se debe a que el pueblo no desea ser mandado ni oprimido por los grandes, y que los grandes desean mandar y oprimir al pueblo.

“Dos humores”, afirma; hoy en día hablaríamos de dos aspiraciones sociales. Pero Maquiavelo dice precisamente “humores”, es decir que utiliza una metáfora de la medicina hipocrática.

Para esta última, la salud de un cuerpo depende del equilibrio de sus fluidos corporales. El médico cuida ese equilibrio. El arte político es como la medicina: una ciencia de las singularidades, que consiste en plantear un diagnóstico. Y el diagnóstico maquiaveliano se lee en sus Discursos sobre la primera década de Tito Livio: la buena salud del cuerpo social proviene del equilibrio entre esos humores, es decir, no de un orden político que niegue los

trastornos, sino de una organización de los desórdenes sociales. Dicho de otra manera: la república está basada en la discordia y consiste en la organización pacífica —puesto que equilibrada— del desacuerdo.

Hay algo más —y me refiero a algo más perturbador o más escandaloso—. ¿Ustedes piensan que las leyes buenas son obra de legisladores virtuosos? Entonces todavía son idealistas. No: las leyes justas son el resultado de un buen uso de ese conflicto social original. "Todas las leyes que se hacen a favor de la libertad", escribe Maquiavelo, "nacen de la oposición" de esos dos humores. Cuando afirma que la grandeza de Roma se hallaba en la brecha entre la plebe y el Senado, Maquiavelo es una vez más un incorregible provocador. Sabe que los florentinos odian el disenso y le temen al tumulto. Pero sabe también que la sabiduría de los antiguos consistió en haber organizado el conflicto y orquestado el dissensus.

Es eso entonces la política. Arreglárselas para que el pueblo esté bien ordenado. Pues la vida libre, la vida auténticamente libre, está regida por la ley —es decir, por una norma restrictiva reconocida por todos—. Y lo más perjudicial para el espíritu público, escribe Maquiavelo, es "hacer una ley y no cumplirla; y aún más cuando la ley no es obedecida por aquel que la dictó".

No crean que el autor de los Discursos pone en un mismo nivel a dominantes y dominados. Otra vez, en ese famoso capítulo lviii del libro i, leemos lo siguiente:

Así como las crueldades de la multitud apuntan hacia aquellos que esta teme ver apoderarse del bien público, las crueldades del príncipe apuntan hacia aquellos que él teme ver apoderarse de sus bienes.

Aceptar el principio de simetría entre ambos humores ya equivale a adoptar el punto de vista del pueblo, reconociendo el amor a la justicia como motor de su acción. ¿Maquiavelo se habrá convertido

también en idealista? Todo lo contrario. Se aproxima aquí a la zona peligrosa: la de la violencia en la historia.

23.

Estamos desarmados

Bajemos de nuevo al jardín, si les parece bien. El jardín de los Ruccellai, donde Maquiavelo conversa con ambiciosos nobles florentinos sobre literatura antigua y política moderna. Es en ese jardín donde nuestro autor sitúa el diálogo ficticio de El arte de la guerra, que enfrenta a un condotiero y un aristócrata respecto de la organización de las legiones romanas y la necesidad de realizar una reforma profunda de la guerra contemporánea basándose en ese modelo. Este tratado es el único que Maquiavelo publicó en vida, en 1521: es a la vez arqueológico (en él se diserta de manera muy docta acerca del pensamiento estratégico de los antiguos), técnico (encontramos esquemas tácticos para hacer maniobrar un ejército) y, por sobre todas las cosas, político.

Pues Maquiavelo está convencido de que la cuestión de las armas resulta crucial para el ejercicio del Estado. Este último se define, en primer lugar, sobre la base de una elección fundamental, de la que se deducen todas las demás: ¿quiénes están armados, quiénes están desarmados? Hoy en día diríamos: ¿cómo se distribuye el recurso a la violencia legítima?

Sobre este punto, su convicción es muy clara desde hace tiempo. En El príncipe la expresa sin matices:

La única causa de la ruina de Italia es que esta se apoya por completo, desde hace muchos años, en ejércitos mercenarios.

A esos héroes de ocasión, salidos de la nada y dispuestos a todo, a esos contratistas de la guerra se les paga por luchar y aún más por evitar la lucha. En Italia se los llama condotieros porque firman con

los Estados una condotta, un contrato, lo que no les impide traicionarlos apenas pueden para ponerse a las órdenes del mejor postor.

Esta descripción es sin duda exagerada, pues en el siglo xv los Estados italianos han logrado disciplinar a sus compañías de condotieros. Pero esas compañías no están a la altura de los ejércitos permanentes de las grandes monarquías nacionales. Y, sobre todo, infringen un principio político que Maquiavelo no deja de repetir:

Los mejores ejércitos posibles son los que están compuestos por el pueblo armado.

Ese es el combate de su vida, y no es en absoluto teórico: en 1509 formó en Florencia una milicia cívica y hasta su muerte intentó defender su eficacia militar y política.

¿Se trata de imitar a los legionarios de una Roma ruda y virtuosa? Sí, sin duda: para él, el ejército moderno es el de la Antigüedad. Sin embargo, Maquiavelo también piensa a partir de ejemplos contemporáneos. Puesto que son "los únicos que conservan algún rastro de la milicia antigua", los suizos son los "maestros de las guerras modernas". Es verdad que, en la década de 1510, los ejércitos suizos son los árbitros de la situación política en Italia. Pero lo que más admira Maquiavelo es la cohesión política de esos campesinos soldados, unidos por la defensa de las libertades cantonales.

Sus detractores se burlaron de él tratándolo como a un estratega hogareño, que ignoraba la artillería y soñaba con restaurar la severidad de una Antigüedad imaginaria. Pero estaban errados. Maquiavelo fue el primer teórico de la guerra sucia, una guerra partidista, política y brutal, en la que las campañas militares deben ser "cortas y decisivas" —es decir, fulminantes y masivas—. Solo es capaz de imaginarse una batalla como un choque paroxístico entre las fuerzas. Su pensamiento, sumamente práctico, resulta una vez

más perturbador, pues coloca a la violencia en el corazón de las decisiones políticas. Nos gustaría tanto poder evitarla, pero ¿tenemos acaso manera de hacerlo?

24.

La violencia en política

El arte de la guerra termina con una nota irónica y cruel:

Nuestros príncipes italianos pensaban que les bastaba con imaginar en sus despachos alguna respuesta brillante, escribir una carta bonita, hacer alarde en sus palabras de sutileza y pertinencia, saber tramar una artimaña, adornarse con oro y joyas, dormir y comer más opulentamente que los demás…

Y todo eso para mantenerse protegidos de los caprichos de la fortuna. Pobrecitos. No supieron ver lo que se les venía encima: "Grandes pavores, huidas súbitas y desastres asombrosos".

Así que está todo dicho: si hubo un Renacimiento italiano, es decir —en la horrenda lengua de hoy en día—, una sobreinversión en la industria de los bienes culturales, es porque los príncipes pensaron que si gastaban su energía en ello no era para distraerse de las frivolidades del poder, sino para ejercerlo eficazmente. Dicho de otra manera: embellecer el poder es una manera de defenderlo. Nos protegemos rodeándonos de inteligencia halagadora y bellos objetos.

Se trata de una idea dulce y consoladora, que no puede disgustarnos. Sin embargo, se hace pedazos al chocar con la gran risa maquiaveliana, que funciona como un llamado al orden. El gobernante sensato, leemos en El príncipe, "no debe tener otro objetivo ni otro pensamiento más que la guerra y las instituciones y la ciencia de la guerra". Pero ¿qué es entonces la paz? Maquiavelo responde: la violencia potencial, la que solo necesita ejercerse a través de una amenaza insidiosa, que resultará aún más eficaz

cuanto más sepa mantenerse vaga, tácita e incierta.

Ese aspecto oculto del Estado queda expuesto en algunas situaciones particulares: cuando hay un golpe de Estado. El libro Discursos sobre la primera década de Tito Livio evoca esto en un pequeño tratado dentro del tratado, que será también difundido de hecho de manera independiente al resto. En primer lugar, utilizando una vasta gama de ejemplos históricos, Maquiavelo demuestra que lo más peligroso para un príncipe es un complot de los miembros de su propia familia:

El príncipe que desee evitar las conspiraciones deberá temerles más a aquellos a los que ha beneficiado mucho que a aquellos a los que ha ofendido mucho.

A fin de cuentas, Maquiavelo demuestra que los complots están en general destinados al fracaso, que son sobre todo peligrosos para sus autores y que por lo tanto representan una forma estéril de lucha política.

El golpe de Estado refuerza al Estado. Pero —síganme bien, o más bien síganlo bien, pues Maquiavelo siempre está un paso adelante en la partida que se está jugando— al reforzarse se debilita. Lo dice en su Historia de Florencia:

De manera que, si no es asesinado —cosa que rara vez sucede—, un príncipe atacado por semejantes conspiraciones adquiere más poder y, habiendo sido bueno, suele volverse malvado. Las conspiraciones le provocan temores; el temor genera el deseo de reforzar sus posiciones; este último, a su vez, provoca la necesidad de ejercer violencias, de donde nacen luego el odio y, muchas veces, la caída. Así, esas conspiraciones destruyen de inmediato a sus instigadores y luego, con el paso del tiempo, perjudican a aquellos que fueron objeto del complot.

¿Suprema pirueta discursiva de parte de un pensador reputado por su afición a la paradoja? Es más profundo que eso: el golpe de Estado revela ese secreto del Estado que es su violencia constitutiva, aquella que se mantiene en reserva durante el ejercicio del gobierno. Pero miren: apenas se la expone, esa violencia se debilita; solo conserva su poder mientras permanece sin ser formulada. Una razón más para decir, junto con Maquiavelo, que el rey está desnudo.

25.

El fin no justifica los medios

Se trata de la historia de un hombre que mata a su hermano. Lo mata de una manera atroz, porque no quiere compartir el poder con él. Una vez solo, funda una ciudad y esa ciudad se vuelve la capital del mayor imperio universal de la historia. Esa ciudad es Roma, el asesino se llama Rómulo, y Remo, su hermano gemelo, que al igual que él fue amamantado por una loba, es la víctima de ese crimen fundador. Ya conocen la historia, pero ¿qué se puede hacer con esa historia? ¿Cómo soportar la idea de que el precio de la grandeza de un Estado es la sangre de un asesinato fundacional?

La tradición romana, y luego cristiana, de interpretación del fratricidio se divide en dos ramas principales. La primera (representada más que nada por Tito Livio) minimiza el crimen; la segunda, al contrario, lo dramatiza. Cicerón, por ejemplo, lo convierte en la matriz de todas las guerras civiles —una matriz que, en un autor cristiano como san Agustín, se vuelve el pecado original de toda construcción política—.

¿Y Maquiavelo? Como de costumbre, enfrenta esta cuestión incómoda sin evasivas, pues se trata de la cuestión de la violencia fundacional del derecho. En sus Discursos sobre la primera década de Tito Livio, va en contra de ambas tradiciones. Sí, escribe:

Muchos considerarán como un mal ejemplo que el fundador de una república, como fue Rómulo, haya matado a su hermano.

Pero si Rómulo fue violento, fue “para reconciliar” y no “para destruir”, deseando “no serse útil a sí mismo, sino al bien común, no a sus propios sucesores, sino a la patria”. Hay que aceptar

entonces la proposición siguiente: “Debemos convenir en que el hecho lo acusa, mientras que el efecto lo excusa”.

¿Lo oyeron? ¡Al fin lo dijo! Sí, ya saben de qué hablo, de esa famosa frase que, para el antimaquiavelismo, resume su malvada doctrina: disculpar a Rómulo cuando los hechos lo acusan es efectivamente admitir que el fin justifica los medios. Pero en realidad es más sutil que eso. Maquiavelo escribe en el futuro dentro del pasado: la fundación de Roma disculpa el crimen de Rómulo, pero lo disculpa a posteriori. Rómulo no tenía derecho a matar a su hermano, pero habrá tenido derecho a hacerlo una vez que se demuestre el efecto benéfico de su gesto. Esto quiere decir que el Estado no está en su derecho cuando se basa en el derecho; precisamente se ubica en ese umbral de indistinción entre la fuerza y la ley, en donde aquello que tiene fuerza de ley halla su origen fuera de la ley misma, en la excepción de la violencia fundadora. Así, podemos al mismo tiempo condenar la violencia del fundador y reconocer la autoridad de su fundación.

Sin embargo, eso no significa que el fin justifique los medios. No solo Maquiavelo nunca escribió esa frase, sino que incluso nunca hubiera podido escribirla. Su filosofía de la necesidad se basa en el principio de la incertidumbre de los tiempos y de la imprevisibilidad de la acción política: no podríamos justificar los medios a través del fin, pues, en el momento en que actuamos, el fin nos resulta desconocido y llegará siempre demasiado tarde como para justificar los medios de la acción. Gobernar es actuar en medio de la ceguera de la incertidumbre de los tiempos. La enseñanza es terrible: es por eso que ese comienzo, el asesinato fundacional de Remo por parte de Rómulo, perdura hoy en día.

Nunca es demasiado tarde

26.

Escribir la historia

El 4 de mayo de 1519 muere Lorenzo II de Médici, a los 27 años, luego de dedicar su corta vida más que nada a decepcionar las esperanzas políticas que muchos habían puesto en él. Maquiavelo le dedicó El príncipe, en vano. Ha muerto: ahora se puede actuar. El papa León X le encarga a su primo, el cardenal Julio de Médici, apoderarse del gobierno de la ciudad. Otro Médici. Pero con él debe haber manera de entenderse.

A fuerza de asediar a los poderosos, Maquiavelo por fin obtiene algo. Al año siguiente, es decir en 1520, los miembros de la Academia de Florencia le encargan al antiguo exiliado una historia de la ciudad. A escribir en dos años, en latín o en lengua vulgar, como prefiera, y por 57 florines de oro, ni uno más. Una opción para tomar o dejar.

Maquiavelo decide tomarla. Helo aquí convertido en historiador público, encargado oficial de la crónica de una ciudad, o más bien de la familia que la domina, los Médici. ¿Está acaso dispuesto a todo para volver a entrar en el juego político, hasta el punto de convertirse en adulador de aquellos que demolieron la República? No, por supuesto: Maquiavelo va a emplear la astucia.

Desde hace un tiempo —le escribe a su amigo Guicciardini, el 17 de mayo de 1521—, no digo nunca lo que pienso, ni pienso nunca lo que digo y, si digo a veces la verdad, la escondo entre tantas mentiras que resulta difícil descubrirla.

Entonces, ¿cómo descubrir la verdad de esta Historia de Florencia, que finalmente escribirá en cuatro años y en italiano? Más que un

ejercicio de duplicidad, es una manera de profanar las grandezas de la época. Para Maquiavelo, escribir la historia consiste en saber mostrarse desagradable. Con sus mecenas, claro, pero también con aquellos que esperan que él denuncie las infamias de esos mismos mecenas. El motor principal de su narración es hacernos perder la inocencia: el historiador no elogia ni a los grandes hombres ni los bellos principios, no se embarca ni en la perorata virtuosa ni en la degradación cortesana.

No. Para Maquiavelo, escribir la historia exige describir la fuerza del conflicto, la discordia y la enemistad en el devenir político de su ciudad. El párrafo más famoso de su libro trata sobre la revuelta de los Ciompi. Se desarrolló en el verano de 1378, durante el cual los más miserables obreros de la gran factoría lanera de la ciudad tomaron el poder. Fue tan grande el pánico entre los pudientes que, 150 años más tarde, aún tiemblan al recordarlo.

Maquiavelo confronta ese gran temor dándole la palabra a un amotinado que predica la violencia política:

Me parece que nos dirigimos hacia un triunfo seguro, porque aquellos que podrían oponerse a él son ricos y están desunidos: su desunión nos dará la victoria y, cuando hayamos tomado sus riquezas, las conservaremos. Que no los asuste la antigüedad de sus orígenes, que utilizan para oponérsenos. Pues como todos los hombres tienen un mismo origen, todos son igualmente antiguos y están hechos de la misma forma por la naturaleza. Desnúdense todos y verán que somos semejantes; vístanlos con sus ropas y a ellos con las nuestras y nosotros pareceremos nobles y ellos no.

Durante mucho tiempo, se leerá este párrafo como un manifiesto, un panfleto subversivo, como si el obrero rebelde fuera aquí el portavoz de Maquiavelo. Pero escribir la historia no es volverse ventrílocuo para colocar bellos discursos en boca de personajes del pasado. Aquí, escribir la historia es darles a los Ciompi y a los Médici la misma dignidad, es hacer oír a los sin voz, es afirmar sobria y simplemente: “Esto sucedió, esto fue posible”.

27.

¿Es demasiado tarde?

Él regresa. O no, más bien: surge. El 17 de marzo de 1520, uno de sus poderosos amigos, Filippo Strozzi, le escribe a su hermano Lorenzo, a quien le está dedicado El arte de la guerra:

Estoy muy contento de que usted haya logrado llevar a Maquiavelo junto a los Médici, porque, si logra ganarse algo de la confianza de nuestros amos, es un hombre que está surgiendo.

¿Logrará Nicolás Maquiavelo recuperar el tiempo perdido? Después de ocho años de exilio y escritura, retoma el camino de la acción política. Primero en misiones modestas, hechas a la medida de la confianza moderada que se le profesa. Se dirige a Lucca para tratar algún asunto comercial, a Carpi para negociar con el capítulo de los Hermanos Menores de Toscana. Luego, en noviembre de 1523, el cardenal Julio de Médici, para el cual Maquiavelo estaba escribiendo su Historia de Florencia, se convierte en papa bajo el nombre de Clemente VII. El radio de acción de Maquiavelo se amplía: ahora parte como embajador a Roma y a Venecia.

Pero, a la vez, los asuntos italianos en sí mismos toman una dimensión totalmente distinta. Las guerras de Italia han entrado en su segunda fase, realmente europea: la del enfrentamiento entre esos dos grandes soberanos con pretensiones universalistas que son Francisco I, rey de Francia, y Carlos I, príncipe de la casa de los Habsburgo, heredero del principado de Borgoña y del reino de Nápoles, rey de España y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. El 24 de febrero de 1525, este último le inflige a Francisco I una terrible derrota en Pavía, mientras en Alemania se sublevan los campesinos, influenciados por la Reforma luterana.

Ahora la historia se desarrolla a lo grande. ¿Qué pueden hacer los pequeños Estados italianos para no dejarse sacudir por su curso impetuoso? La fortuna es como un río en plena crecida. En junio de 1526, Maquiavelo se une al campo lombardo donde se congregan los ejércitos aliados de la Liga de Cognac contra las fuerzas imperiales. La Liga reúne a Venecia, Florencia, Milán, Francisco I y el papa. Maquiavelo vuelve a establecer contacto con la vida militar: conoce al joven y brillante condotiero Juan de las Bandas Negras y se reencuentra con su amigo Francesco Guicciardini, teniente general de las tropas pontificales.

Ya hace varios años que mantiene con Guicciardini una abundante correspondencia. "Más que ningún otro —le escribe Guicciardini a Maquiavelo—, usted se ha mantenido siempre alejado de las opiniones comunes y ha sido un inventor de cosas nuevas e insólitas." ¿Es demasiado tarde? Para actuar, quizás sí: Maquiavelo ya ha perdido la fe en la República y en la capacidad de los italianos para armarse frente a las tropas imperiales. Pero nunca es demasiado tarde para examinar la época y evitar el desastre, ni para organizar una respuesta al ataque, ni para entregarse a las políticas de la amistad.

¿Qué es la historia y, acaso, puede volver sobre sus pasos? Guicciardini se expresaba de esta manera, con ese tono enternecido y bromista que adoptaba para escribirle a su amigo:

Mi querido Maquiavelo, en el fondo de mí mismo pienso que solo los rostros de los hombres y el aspecto de las cosas cambian, pero que esas mismas cosas regresan. Y así es que asistimos a acontecimientos que ya han tenido lugar hace tiempo. Pero la mutación de los nombres y del aspecto de las cosas es tan grande que solo los sabios son capaces de reconocerlos. Por eso la historia es útil y provechosa, porque te presenta y te hace reconocer lo que nunca has visto ni conocido.

28.

1527, el fin de un mundo

Fue una masacre sin imágenes. Un saqueo atroz e interminable que traumatizó a toda la cristiandad, pero del cual Carlos de Borbón, comandante de las tropas imperiales que tomaron Roma el 6 de mayo de 1527, se arregló para que no quedara ninguna imagen. Hoy en día nos cuesta imaginar la conmoción que representó para Europa la noticia del saqueo de Roma. ¿Cómo justificar semejante violencia de parte de los lansquenetes luteranos, si no es tomando conciencia de la magnitud de su resentimiento? Es lo que se apresuran a decir en el entorno de Carlos I. En Madrid, Alfonso de Valdés canta así su réquiem para una ciudad corrupta: “Cada uno de los horrores del saqueo fue el castigo preciso, necesario y providencial de una de las vergüenzas que mancillaban a Roma”.

La Europa moderna se inclina entonces con desencanto, en 1527, sobre ese gran cadáver derribado que es la ciudad de Roma. La noticia del saqueo llega a Florencia el 12 de mayo. La onda expansiva es tan grande que precipita la caída del régimen mediceo. Cuatro días después, un levantamiento popular exige la restauración del Gran Consejo. Se restablece la República en Florencia —esa República que Maquiavelo había defendido con tanta pasión, pero que aprendió pacientemente a dejar de amar—. ¿Ha llegado su hora, de nuevo? No, esta vez es en verdad demasiado tarde. Nicolás Maquiavelo ofrece sus servicios, por supuesto, pero el nuevo régimen prefiere recurrir a un viejo servidor de los Médici listo para someterse antes que confiar en aquel que supo mostrarse infiel a sus ideales republicanos. Así es: siempre se preferirá la traición antes que la lucidez.

Así que se acabó y Maquiavelo lo sabe. Debe estar preparándose desde hace tiempo para la muerte. Leamos esta carta de su hijo Piero, de 13 años, a su tío, del 21 de junio de 1527:

Mi muy querido Francesco: no puedo evitar el llanto al informarle que el 21 de este mes murió Niccolò, nuestro padre, víctima de dolores en el vientre provocados por un medicamento que había tomado el 20. Deseó confesarle sus pecados al hermano Matteo, que permaneció junto a él hasta su muerte.

¿Confesar sus pecados? Ese no es el recuerdo que conservará la posteridad. Muy pronto se contará que Maquiavelo, antes de morir, tuvo un sueño. Veía llegar hacia él una multitud miserable y triste, en harapos. Del otro lado, avanzaba otro grupo, noble y solemne. Les preguntó sus nombres a los primeros: “Somos los santos que vamos al paraíso”. En cuanto a los segundos, dijeron: “Somos los condenados que vamos al Infierno”. De pronto, Maquiavelo los reconoció: figuraban entre ellos todos esos grandes espíritus de la Antigüedad que con tanta generosidad le habían ofrecido su conversación. Con ellos, se podría seguir hablando de política. ¿Para qué ir a aburrirse con los pordioseros? Sin dudarlo, Maquiavelo se ha decidido: seguirá a los grandes hombres al infierno.

No parece imposible que esta anécdota, que será luego ampliamente utilizada por el antimaquiavelismo, sea auténtica. A la hora de su muerte, rodeado de sus amigos, Maquiavelo le da la última pincelada a su retrato como provocador impío. ¿Cuáles eran los sentimientos religiosos de ese lector de Lucrecio que se confesó antes de morir? Lo ignoramos. Pero lo que sí sabemos es la imagen que quiere dar de sí mismo en el momento en que, en 1527, se derrumba el mundo cristiano. La historia continuará sin él, con él, contra él. Una historia de fantasmas y traiciones.

29.

Anatomía del espectro

“Ningún elogio es digno de tan gran nombre.” Ese es el epitafio que fue grabado en latín sobre el sarcófago de Maquiavelo, pagado por una suscripción popular en 1787, en la Basílica de la Santa Cruz de Florencia. Allí fue inhumado al día siguiente de su muerte, es decir, el 22 de junio de 1527. Pero el cuerpo de un escritor es en primer lugar el corpus escrito de su obra. Es ese corpus el que, después de su muerte y a pesar de la indignación y los escándalos, nunca dejará de acechar a nuestra modernidad política.

En agosto de 1531, el papa Clemente VII le concedió al impresor romano Antonio Blado el privilegio de publicar la obra de Maquiavelo: El príncipe, los Discursos y la Historia de Florencia, en tres volúmenes. Muy pronto siguieron otras ediciones, en Florencia y sobre todo en Venecia, que era por entonces la capital europea de la imprenta. El ritmo de esas publicaciones y el formato de esos libros de bajo precio demuestran que efectivamente había un mercado para esas obras de las que el cardenal inglés Reginald Pole decía que habían sido escritas “con el dedo del diablo”.

Pues los tiempos cambian y la difusión de la obra maquiaveliana se topa muy pronto con los rigores de la Contrarreforma. En Italia, los jesuitas organizan una verdadera campaña antimaquiaveliana que desemboca, en 1559, en la inclusión en el Index librorum prohibitorum del autor de El príncipe. Se trata de un catálogo de libros perniciosos cuya lectura era considerada pecado mortal y que será actualizado regularmente por la Sagrada Congregación del Índice del Vaticano hasta 1961. En teoría, prohibía hasta citar las obras condenadas. En España, la censura pontifical bloquea la difusión de las traducciones de El príncipe, que habían prosperado velozmente unos años antes. En Francia sucede lo contrario: en el contexto polarizado de las guerras de religión, Catalina de Médici impulsa de tal modo la traducción de El príncipe por Jacques

Gohory que a los hugonotes les resulta sencillo denunciarla como maquiavélica.

Mientras el nombre de Maquiavelo se deforma convirtiéndose en un "ismo" —el maquiavelismo se vuelve así el insulto supremo que las almas bellas les dirigen a los políticos—, el pensamiento de Maquiavelo sigue circulando, pero bajo otros nombres. Cuando un autor del siglo xvi o xvii finge referirse a Tácito, suele estar dirigiéndole un gran guiño a Nicolás Maquiavelo. ¿Juego de máscaras o juego de engaños?

Incluso antes de morir, es como si Maquiavelo hubiera comenzado a desaparecer, o más bien a diseminarse. En 1523 tuvo la desagradable sorpresa de enterarse de que en Nápoles un respetable filósofo aristotélico llamado Agostino Nifo hacía circular bajo su nombre una traducción pirata de El príncipe al latín, y que no solo le robaba su obra, sino que además la pervertía por completo para enaltecer la monarquía. Después de muerto, su obra continúa su lenta propagación, avanza volviéndose invisible, como una especie de vapor.

Un espectro, les digo, un espectro que merodea. No hay manera de escapar. Con él, según él, contra él o abrazándose contra él —pero nunca sin él—.

30.

Filosofar en épocas tormentosas

Estamos en 1795 y Marc-Antoine Jullien de París lee a Maquiavelo. Es un miembro de la Convención Nacional, amigo de Robespierre, encarcelado después de la Reacción de Termidor. Hace más de un año que rumia su fracaso. “Lee al divino Maquiavelo —le escribe a uno de sus amigos— y encontrarás la teoría de nuestra revolución y la historia de los errores de los que participaron de ella y terminaron devorados.”

Estamos en 1864 y Maurice Joly lee a Maquiavelo. Como ya no deposita ninguna esperanza en el imperio autoritario de Napoleón III, escribe su Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu. El primero abruma al segundo con su lógica implacable. Representa la voz del enemigo. Montesquieu es un demócrata, pero se encuentra perdido. Frente a Maquiavelo, el filósofo de las Luces se convierte en un hombre del pasado.

Estamos en 1933 y Antonio Gramsci lee a Maquiavelo. Filósofo, miembro fundador del Partido Comunista Italiano, está en la cárcel desde que un fiscal fascista declaró en su juicio: “Debemos impedir por veinte años que ese cerebro funcione”. Él quiere comprender las razones del fracaso, no solo del republicanismo, sino incluso de “todos los intentos de crear una voluntad colectiva nacional-popular”. Mucho más tarde, en 1972, el filósofo Louis Althusser comentará lo siguiente: “Si Maquiavelo le habla a Gramsci, no lo hace desde el pasado sino desde el presente; o aún mejor: desde el futuro”.

Estamos en 2017 y leemos a Maquiavelo. Como todos los demás antes que nosotros, lo leemos desde el futuro. Sí: todos los demás y no solo Jullien, Joly y Gramsci. Pues si este último leía a Maquiavelo, era también para extirparlo de ciertas mortíferas apropiaciones. ¿Acaso Mussolini no había intentado convertirlo en el precursor del Estado nuevo, caracterizado a la vez por la

estilización estética del poder absoluto?

Todo el mundo lee a Maquiavelo, tanto los vencidos como los vencedores —incluso Silvio Berlusconi se atrevió a prologar El príncipe—.Entonces, ¿por qué darles prioridad a los que leen a Maquiavelo para evitar el desastre? ¿Acaso por fidelidad al destino atormentado de ese hombre? No solamente. Es porque sabemos bien que el nombre de Maquiavelo solo surge cuando ruge la tormenta. Anuncia las tempestades, no para prevenirlas, sino para enseñarnos a pensar en épocas tormentosas.

Ha habido, desde su muerte en 1527, muchos momentos maquiavelianos durante los cuales su pensamiento volvió de pronto a ser actual. Y cuando digo momentos maquiavelianos, me refiero a esa incertidumbre de una época cuando un ideal republicano se ve confrontado a su propia impotencia, al desgaste de las palabras y a la falta de transparencia de la representación, es decir, a lo que hoy en día llamaríamos la fatiga democrática.

Raymond Aron lo escribió en 1945: “La controversia del maquiavelismo vuelve a encenderse cada vez que unos Césares sumergen a Europa en la servidumbre y la guerra”. ¿Hemos llegado a eso? Quizás no, o no todavía. Si la historia se mueve al ritmo de una sucesión de momentos maquiavelianos, hay momentos fuertes y momentos débiles, más discretos, más solapados, más abrumadores. Los momentos débiles no son siempre los menos peligrosos, ya que en ellos nos amenaza el adormecimiento general. Maquiavelo, como buen escritor, es alguien que sabe despertarnos. Escribe para introducir la pluma en la llaga. Escribe para reavivar no el esplendor de las palabras, sino la verdad de las cosas.

Epílogo provisorio

Una sola de estas crónicas no fue transmitida en la radio France Inter durante el verano de 2016: la quinta, dedicada a la lectura de Maquiavelo del De natura rerum de Lucrecio, “un libro peligroso, un libro disidente que hace descarrilar al mundo y lo hace salirse de su eje”. Debía ser difundida el viernes 15 de julio, pero se vio tragada por la tristeza, la rabia y el estupor que vinieron después del ataque terrorista en el Paseo de los Ingleses en Niza. Un año después viene a sumarse a las otras crónicas, apenas reescritas, pues preferí no hacer trampa con el tono oral que le daba al texto todo su impulso. Queda, sin embargo, la cicatriz, que hiere al conjunto. Pues siempre se puede volver a tomar la palabra, pero no por eso olvidaremos el silencio que se alzó en medio de un gran estruendo.

La historia es el arte de calmar esas discontinuidades. No para consolar, sino al contrario, para llevar a su punto más doloroso las preguntas desagradables. Llamo maquiavelianas a las preguntas desagradables. Las siguientes, por ejemplo: ¿cómo hacer para volver nuevamente audible lo que no fue oído en su tiempo? ¿Conocemos acaso los efectos a largo plazo de esas grandes desolaciones que, tras embotar los espíritus en vísperas de las grandes diásporas estivales, no tienen tiempo de ser disipadas, discutidas, combatidas? Seguimos ahí, todavía, tras dejar que lo no dicho quedara sepultado en un lugar tan oscuro que se encuentra ya fuera de nuestro alcance, amenazándonos a todos con sus imprevisibles reapariciones.

Entre el verano de 2016 y el verano de 2017, todos los pronósticos políticos se vieron sistemáticamente desbaratados, y no solo en Francia. Fue como si ese placer maligno que suelen hallar los pueblos en contradecir a quienes pretenden imponerles sus preferencias, presentándolas por adelantado como inexorables, se hubiera transformado en una venganza feroz. Considerando solo los comicios electorales, desde el voto a favor del Brexit durante el referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea el 23 de abril de 2016 y la elección de Donald Trump como

presidente de los Estados Unidos el 8 de noviembre del mismo año, la qualità dei tempi se tornó claramente tormentosa. Sus consecuencias sobre la campaña presidencial francesa fueron tales, a partir de diciembre de 2016, que luego de una inverosímil combinación de circunstancias que fueron eliminando progresivamente a todos los candidatos previsibles —en el sentido de que los comentaristas los presentaban ya sea como favoritos, ya sea como inevitables—, en el momento en que escribo estas líneas la elección se presenta bajo una configuración totalmente inédita con un final muy incierto y, para ser francos, muy alarmante.

¿Por qué debería importarnos, entonces, un virtuoso de la astucia política como Maquiavelo? Si solo fuera ese estratega ladino y sin escrúpulos, cuya imagen nos legó la malintencionada posteridad del maquiavelismo, no debería importarnos demasiado. En estos tiempos tan turbios, en los que cuesta distinguir a los emisarios del pasado de los emisarios del futuro, a los que menos queremos escuchar es a esos expertos en previsibilidad que con mucha calma reducen el carácter incierto de lo político a unas pocas reglas elementales del obrar colectivo, cuya simpleza se adapta a su falta de imaginación.

Maquiavelo es ese pensador de la disyunción que examina cada situación dividiéndola en un “o bien esto, o bien aquello”, esbozando en cada etapa del devenir histórico encrucijadas de sentidos. Pero si nos fascina es precisamente porque nos permite comprender cómo la energía social de las configuraciones políticas siempre termina desbordando las sabias planificaciones en las que se pretende encerrarlas. Su frase siempre logra escabullirse, y si anunció que no hay más que dos caminos, termina tomando un tercero. Porque cuando nos preocupamos por saber si una situación política va a desembocar en tal o cual desenlace, más nos vale comprender que está animada por un movimiento de conjunto que lo impulsa todo desde más lejos. Tal vez sea eso lo que les espera muy pronto a los pueblos europeos: de tanto temerle a la catástrofe, se están preparando para no darse cuenta de que ya sucedió.

Pero eso no impide actuar. Y he ahí la razón por la cual Maquiavelo sigue estando, un año después y más que nunca, a la orden del día. En 1839 solía verse en París a un filósofo italiano exiliado llamado

Giuseppe Ferrari. Discípulo de Vico, buscaba la compañía de Michelet, Baudelaire y Saint-Simon para hablarles del autor de El príncipe. Giuseppe Ferrari veía el teatro político de su época como un catálogo en el que los papeles habían sido distribuidos hacía tiempo por el secretario florentino. Diez años más tarde, escribió eso mismo en un libro intitulado Machiavelli. Giudice delle revoluzioni dei nostri tempi [Maquiavelo. Juez de las revoluciones de nuestro tiempo], pues, según decía, "a partir de 1789, los principios se apoderan de los acontecimientos y pareciera que Maquiavelo dicta las palabras, incluso de los hombres que aparecen sobre el escenario de la Revolución".

Aquellos que aún tienen un sentido trágico de la historia siempre han pensado que Shakespeare seguía escribiendo las obras en donde se interpretan nuestros propios desasosiegos. Pero mientras se pone en marcha "el grotesco engranaje del poder" del que habló Michel Foucault, pareciera, por el contrario, que la degradación de la palabra pública que padecemos actualmente fue experimentada en escenarios menos recomendables y que nos encanta despreciar; es decir, en lo que respecta a los Estados Unidos trumpianos, en ese espectáculo muy mal llamado "telerrealidad". Ahí se fue construyendo pacientemente esa indiferencia a la "verdad efectiva de las cosas", por hablar como Maquiavelo. Pero en todos los casos, la política por venir se inventa en el terreno de la ficción.

Hoy no sabemos en qué ficciones maquiavelianas deberíamos buscar la inteligibilidad necesaria para abrir nuestro futuro. ¿Sigue siendo en esa filosofía de la necesidad que despliega El príncipe, o más bien en ese tratado del desencanto republicano que son los Discursos sobre la primera década de Tito Livio? ¿Debemos buscar ahí el arte de ponernos de acuerdo sobre nuestros desacuerdos, o más bien esa manera de reconocerles a los dominados la ciencia de su dominación? Y, en ese caso, ¿por qué no ir a buscar por el lado de su teatro, de sus historias o incluso de su poesía amorosa? Durante el verano de 2016, traté de reconstruir, detrás de la máscara del maquiavelismo, el rostro de Maquiavelo. Y si ese rostro era diverso y cambiante como un cielo de tormenta, es porque él no tuvo tiempo de elegir entre sus diferentes talentos. Todos ellos lo conducían a ese arte de nombrar con exactitud las cosas que suceden, a esa capacidad de hacer balances implacables que sigue

siendo, ya lo dijimos muchas veces, indisociablemente poética y política.

Un año después, ¿qué sentido tiene pasar el verano de 2017 con Maquiavelo? Sin duda, el mismo sentido que Walter Benjamin le daba a la ambición misma de la historia: “Obrar como historiador no significa saber ‘cómo sucedieron realmente las cosas’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como surge en un momento de peligro”. Ese recuerdo es lo bastante incierto y frágil como para darle forma a nuestro pesimismo. Pues si se habla tanto de preocupación, aquí y en otras partes, no es de ninguna manera para paralizar la acción, sino, al contrario, para inspirarla a través de ese principio de duda que es la primera herramienta del conocimiento. A partir de esa actitud, se formula la política, y esta solo cobra sentido al enfrentarse a las contingencias y las fatalidades a través del reconocimiento de un poder de acción indeterminado.

Pues los grandes pensamientos políticos son siempre promesas sin cumplir. Bien lejos de las proclamaciones vehementes, son más bien palabras inaudibles, frágiles e incomprendidas, a las que sin embargo debemos prestarles nuevamente nuestra atención. Y si, a la hora de despedirnos, tuviera que quedarme con una sola de ellas, elegiría sin dudarlo la lectura que Maurice Merleau-Ponty hizo de Maquiavelo en 1949, reconociendo en él la esperanza de un “humanismo serio”. Su seriedad consiste en negarse tanto a apelar a los bellos principios como a entregarse al cinismo. No podemos renunciar a vencer la incertidumbre de los tiempos, pues “el azar solo toma forma cuando renunciamos a comprender y a desear”. Si el pesimismo antropológico maquiaveliano no es algo cerrado, es porque a fin de cuentas no vuelve imposible la posibilidad de que haya una moral en la política. Evidentemente, no se trata de la moral común, y sin embargo, escribe Merleau-Ponty, “Maquiavelo no ignoró los valores. Los vio vivos y movedizos como una obra en construcción, ligados a ciertas acciones históricas”.

Para eso se escribe: para inscribir, aquí, el rastro de una experiencia. Esa experiencia está y permanecerá disponible, mucho tiempo después de haber sido casi olvidada. Y poco importan entonces las derrotas, pues hace tiempo comprendimos nuestra

imposibilidad de vencer. Maquiavelo conocerá aún muchos otros inviernos y muchos otros veranos, porque supo, como decía Maurice Merleau-Ponty, “apartar con un mismo gesto la esperanza y la desesperación”.

5 de abril de 2017

Leer a Maquiavelo

Las ediciones de referencia de las obras completas de Maquiavelo son italianas. Citemos, entre las más confiables, la de Mario Martelli (Tutte le Opere, Florencia, Sansoni, 1971) y la de Corrado Vivanti (Opere, 3 vols., Turín, Einaudi, 1997-2005), así como la edición "nacional" puesta en marcha por el editor romano Salerno a partir del año 2000, que incluye en particular la publicación de buena parte de los escritos diplomáticos y la correspondencia de cancillería de Maquiavelo antes del golpe de Estado de los Médici en 1512. La publicación de esta considerable masa de textos (editada bajo la dirección de Jean-Jacques Marchand) revolucionó nuestro nivel de conocimiento del hombre de acción que era en primer lugar Maquiavelo (Legazioni, Commissarie e Scritti di Governo (1498-1512), 7 vols., Roma, Salerno, 2001-2012).

A la hora de elegir una traducción francesa de las obras principales de Maquiavelo, preferiremos, antes que la edición de la Bibliothèque de la Pléiade (1952), ya envejecida (pero que aún tiene su valor por la introducción extraordinariamente sugestiva de Jean Giono), la que se publicó bajo la dirección de Christian Bec: Maquiavelo, Œuvres, París, Robert Laffont, col. Bouquins, 1996. En general, esa es la traducción a la que me refiero aquí, más allá de ciertas correcciones, salvo en lo que respecta a los Discursos sobre la primera década de Tito Livio (en ese caso, recurro en primer lugar a la excelente edición de Alessandro Fontana y Xavier Tabet publicada por Gallimard en 2003).

Existen varias traducciones recientes de El príncipe al francés, y todas ellas muy útiles. Yo mismo he generado una edición comentada e ilustrada de ese "malvado opúsculo", intentando abordar la interrelación entre el texto y la producción visual que ha generado, a través de ilustraciones seleccionadas y comentadas por Antonella Fenech-Kroke (Maquiavelo, Le Prince, París, Nouveau Monde, 2012). Elegimos retomar ahí la traducción ágil y dialogada de Jacqueline Risset, que le hace realmente justicia a la velocidad maquiaveliana: ya había sido publicada, por su lado, en 2001

dentro de la colección Babel de la editorial Actes Sud, retomando el texto que esta gran traductora de Dante había confeccionado para un espectáculo ofrecido en abril de 2001 en el Théâtre des Amandiers de Nanterre.

Utilizo aquí la muy rigurosa traducción francesa realizada por Jean-Louis Fournel y Jean-Claude Zancarini, en la admirable edición crítica editada por puf en 2000: De principatibus / Le Prince (con una nueva edición revisada y corregida en 2014 para la colección Quadrige). Esa traducción resulta indisociable de los eruditos comentarios de esos dos especialistas de la filología política, comentarios en los que me baso para varias partes del presente libro.

En 2013, el quinto centenario de la redacción de El príncipe dio lugar en Italia y en Europa a diversas iniciativas científicas y editoriales, entre las cuales la más sobresaliente es, sin duda, la publicación por parte de la fundación Treccani de una Enciclopedia machiavelliana en tres volúmenes, dirigida por Genaro Sasso y Giorgio Inglese. Si bien la biografía de referencia sigue siendo la publicada por Roberto Ridolfi en 1954 (Vita di Niccolò Machiavelli, 2 vols., con varias ediciones revisadas y aumentadas desde entonces [trad. esp.: Vida de Nicolás Maquiavelo, México, Renacimiento, 1961]), existen en francés varios ensayos biográficos muy recomendables. El libro de Ugo Dotti, La Révolution Machiavel, Grenoble, Jérôme Millon, 2006 (ed. orig.: 2003), sigue siendo imprescindible para conocer al detalle los acontecimientos de su existencia, que están evocados más someramente en Marina Marietti, Machiavel. Le penseur de la nécessité, París, Payot, 2009. Más potente es el cáustico ensayo de Quentin Skinner, Machiavel, París, Seuil, 1989; reed. col. Points Seuil, 2001 (ed. orig.: 1981) [trad. esp.: Maquiavelo, Madrid, Alianza, 2008], que podemos completar con la relectura del también muy sugestivo Machiavel, París, Ellipses, 2008, de Sandro Landi.

Si queremos conocer el contexto italiano en su conjunto, podemos leer con suma utilidad a Élisabeth Crouzet-Pavan, Renaissances italiennes, 1380-1500, París, Albin Michel, 2007 [trad. esp.: Renacimientos italianos, 1380-1500, Valencia, Universitat de Valencia, 2014] (he tomado principalmente de este libro la

descripción del torneo de Florencia en 1469, pp. 19-22 de la presente obra). Para un primer acercamiento a la historia de la Florencia medicea, podemos también recurrir a los artículos compilados en el dossier especial "Florence au temps des Médicis", de la revista L'Histoire, núm. 274, marzo de 2003. La visión de conjunto que propongo aquí del sistema de los Estados italianos en el Quattrocento y de la creatividad de sus formas de gobierno está desarrollada en "Les laboratoires politiques de l'Italie", en Patrick Boucheron (dir.), Histoire du monde au xve siècle, París, Fayard, 2009, pp. 53-72.

Si bien me he abstenido de sobrecargar el texto de estas crónicas con las referencias a los trabajos eruditos que las inspiraron, algunas alusiones deben ser explicitadas aquí: ¿el Renacimiento surgió completamente armado con el redescubrimiento de Lucrecio? Es la idea que defiende Stephen Greenblatt en su brillante y estimulante libro traducido al francés con el título Quattrocento (París, Flammarion, 2013 [trad. esp.: El giro. De cómo un manuscrito olvidado contribuyó a crear el mundo moderno, Barcelona, Crítica, 2014]). Mi comentario del capítulo 5 (supra, p. 29) retoma la lectura dubitativa que Aurélien Robert ofreció de esa obra en el sitio La Vie des idées ("Lucrèce et la modernité"). En cuanto al carácter profético de Savonarola (cap. 6), me baso más que nada en las hipótesis desarrolladas en Jean-Louis Fournel y Jean-Claude Zancarini, La Politique de l'expérience. Savonarole, Guicciardini et le républicanisme florentin, Turín, Edizioni dell'Orso, 2002, y nuestro conocimiento de las Ricordanze (cap. 7) le debe todo, o casi todo, al magnífico libro de Christiane Klapisch-Zuber, La Maison et le Nom. Stratégies et rituels dans l'Italie de la Renaissance, París, ehess, 1990. Acerca del trabajo de canciller y la lengua de Maquiavelo (cap. 9), confieso mi deuda con los análisis reunidos en Jean-Jacques Marchand (dir.), Machiavelli senza i Medici (1498-1512). Scrittura del potere / potere della scrittura, Roma, Salerno, 2006, y sobre la escritura de Maquiavelo en general, con Harvey C. Mansfield, Machiavelli's Virtue, Chicago, The University of Chicago Press, 1996. En cuanto al relato de los acontecimientos de 1527 (cap. 28, p. 125), está por supuesto muy basado en el gran libro de André Chastel, Le Sac de Rome, 1527, París, Gallimard, 1984 [trad. esp.: El saco de Roma, 1527, Madrid, Espasa-Calpe, 1986].

Por mi parte, ya abordé algunos de los temas evocados aquí en publicaciones anteriores, a las que me permito remitirlos (al igual que a sus bibliografías correspondientes): véase particularmente, para el capítulo 10 pero también para la cuestión del carácter incierto de lo político y la reflexión sobre el "desacuerdo" en el sentido que le da Jacques Rancière (que recorre el conjunto de la presente obra), "Théories et pratiques du coup d'État dans l'Italie princière du Quattrocento", en François Foronda, Jean-Philippe Genet y José Manuel Nieto Soria (dirs.), Coups d'État à la fin du Moyen Âge? Aux fondements du pouvoir politique en Europe occidentale, Madrid, Collection de la Casa de Velázquez, vol. 91, 2005, pp. 19-49.

La cuestión del punto de vista, en el sentido en que lo entiende Georges Didi-Huberman (por ejemplo, en Quand les images prennent position. L'œil de l'histoire, 1, París, Minuit, 2009 [trad. esp.: Cuando las imágenes toman posición, Madrid, Machado, 2008]), inspiró las reflexiones sobre "el arte político de tomar posición" (cap. 20) que ya aparecían en Léonard et Machiavel, Lagrasse, Verdier, 2009 [trad. esp.: Leonardo y Maquiavelo, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica y Libros del Zorzal, 2018]; véase principalmente la reflexión acerca de la fortuna y el río (cap. 15, p. 71), que plantea también la cuestión de las relaciones entre derrota política y lucidez ideológica, desarrollada en L'Entretemps, Lagrasse, Verdier, 2012 (especialmente pp. 110 y ss.). Finalmente, la tan comentada carta de Maquiavelo a su amigo Francesco Vettori en 1513 (cap. 11) ha dado lugar a algunos párrafos más desarrollados en Au banquet des savoirs. Éloge dantesque de la transmission, Burdeos y Pau, Presses Universitaires de Bordeaux y Presses Universitaires de Pau et des Pays de l'Adour, 2015.

El comentario de El príncipe ofrecido aquí en los capítulos 11 a 15 está basado, además de en las ediciones críticas antes citadas, entre muchas otras lecturas, en los estudios compilados por Yves-Charles Zarka y Thierry Ménissier, Machiavel, Le Prince ou le Nouvel Art politique, París, puf, 2001, así como, de una manera más general, en Marie Gaille, Machiavel et la tradition philosophique, París, puf, 2007 [trad. esp.: Maquiavelo y la tradición filosófica, Buenos Aires, Nueva Visión, 2011]. Ya habrán comprendido que es imposible leer a Maquiavelo sin leer al mismo tiempos a todos aquellos que, con

más o menos benevolencia, se asomaron sobre su hombro para meditarlo, comentarlo y criticarlo. Véase especialmente Paolo Carta y Xavier Tabet (dir.), Machiavelli nel xix e xx secolo / Machiavel aux xixe et xxe siècles, Padua, cedam, 2007: tomo de este libro la cita de Marc-Antoine Jullien (supra, p. 133), y el ejemplo de Maurice Joly está sacado de Carlo Ginzburg, "Représenter l'ennemi. Sur la préhistoire française des Protocoles", en Le Fil et les traces. Vrai faux fictif, Lagrasse, Verdier, 2006, pp. 275-303 [trad. esp.: "Representar al enemigo. Acerca de la prehistoria francesa de los Protocolos", en El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, pp. 267-296]. Véanse también Giuseppe Ferrari, Machiavel, juge des révolutions de notre temps, París, Payot, 2003 (ed. orig.: 1849); Louis Althusser, Écrits philosophiques et politiques, ed. de François Matheron, París, Stock e imec, 1995 (cita de p. 134 en la que Gramsci lee a Maquiavelo).

A partir del famoso libro de John G. A. Pocock, Le Moment machiavélien. La pensée politique florentine et la tradition républicaine atlantique, París, puf, 1997 (ed. orig. : 1975) [trad. esp.: El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica, Madrid, Tecnos, 2002], llamamos "momento maquiavélico" a la toma de conciencia de la impotencia del ideal republicano. Teniendo en cuenta las críticas dirigidas contra este concepto (especialmente en Gérald Sfez y Michel Sennelart [dirs.], L'Enjeu Machiavel, París, puf, col. Collège International de Philosophie, 2004), veo en él más globalmente la reactualización brutal y desencantada del pensamiento maquiaveliano cada vez que resurge la certeza del carácter incierto de lo político. En ese sentido, la lectura propuesta aquí le debe mucho al trabajo de Claude Lefort (Le Travail de l'œuvre, Machiavel, París, Gallimard, 1972 [trad. esp.: Maquiavelo. Lecturas de lo político, Madrid, Trotta, 2010]; Écrire. À l'épreuve du politique, París, Calmann-Lévy, 1994), y quizás aún más a las breves pero suntuosas páginas de Maurice Merleau-Ponty, "Note sur Machiavel" [1949], en Signes, París, Gallimard, 1960; reed. 1985, pp. 267-283 [trad. esp.: "Nota sobre Maquiavelo", en Signos, Barcelona, Seix-Barral, 1964]. Son estas últimas las que le dan aliento al epílogo de este libro.

1[1] Traducido literalmente: “Inocente Bonachón”. [N. del T.]

2 Antepasado medieval del backgammon. [N. del T.]

3 Literalmente, “lengua de madera”, es decir, el lenguaje estereotipado que utilizan los políticos para maquillar la realidad. [N. del T.]